LA FARSA

MUÑOZ SECA Y PEREZ FERNANDEZ

¡UN MILLÓN!

Juguete cómico en tres actos.

50 cts.

(72)

la pantalla

Semanario Español de Cinematografía.

Director: ANTONIO BARBERO
Editado en RIVADENEYRA
Paseo de San Vicente, 20.
MADRID

Publica todas las semanas, como mínimo, 16 grandes páginas profusamente ilustradas en huecograbado.

TODOS LOS AFICIONADOS AL CINE DEBEN LEER LA PANTALLA, QUE CONSTITUYE LA VERDADERA GUÍA DE LA CINEMATOGRAFÍA MUNDIAL

Precios de suscripción: Madrid, provincias y posesiones españolas: semestre, 5,50 pesetas; año, 10.—América, Filipinas y Portugal: semestre, 7 pesetas; año, 12.—Extranjero: semestre, 11 pesetas; año, 20.

PEDRO MUÑOZ SECA
Y PEDRO PÉREZ FERNANDEZ

11542

UN MILLON!

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS

Estrenado en el Teatro Alkázar, de Madrid,
el día 9 de octubre de 1928.

DIBUJOS DE GARRAN

LA FARSA
Ó III | 2 DE FEBRERO DE 1929 | NUM. 72
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
NATI	SRA. ALBA.
PAZ	» SANZ.
PRESENTACION	» MANSO.
JESUSILLA	SRTA. P. CABA.
BONI	SR. BONAFÉ.
DON RAMONCITO	» PERALES
FARFAN	» HIDALGO
WAMBA	» ROS.
CABRERA	» GUILLOT
PEREZ	» CABA.
BENITO	» GUTIÉRR
LUCIO	» BURAÑF

Una botica. Al foro, el reverso de la anaquelería de la farmacia con sus característicos botes; en el centro de la misma, un arco, que da paso a la tienda y a la calle, y sobre él, una fotografía ampliada de un simpático y barbudo señor. A la derecha, una mesa camilla, algunos sillones lebrijanos, etc. Y a la izquierda, un mostradorcito laboratorio con anaquelería en la pared del lateral. Una puerta en el lateral derecha y otra en la izquierda. Es de día. La acción, en un pueblo andaluz. Es primavera.

(Al levantarse el telón están jugando al tresillo, sentados a la mesa camilla, El Padre Pérez, sacerdote de gorro y balandrán; Don Wamba, maestro de escuela; Cabrera, médico cincuentón algo fachendoso, y Farfán, que tiene aspecto de bruto, y lo es. En el mostrador manipula Don Ramoncito, hombre de edad indefinida y de indumento brilloso y anticuado.)

Wamba.—¡Juego!

Cabrera.—Más.

Pérez.—Sólo a espadas.

Farfán.—¡Y van ocho, padre Pérez!

Pérez.—Con la ayuda del Señor...

Cabrera.—Con la ayuda del Señor, nos está usté asando.

Wamba.—Como que hase trampas.

Pérez.—¡Señor maestro! *(A Cabrera.)* ¡Doctor! ¿Oye usté?... ¿Yo trampas?

Wamba.—¡Trampas! Usté juega encomendándose al Todo-

672040

poderoso..., y lo del cuento: ¡aquí milagritos, no, que nos ju gamos el dinero! ¿Quién va?

CABRERA.—Por la mano. *(Juegan.)*

FARFÁN.—*(Volviéndose de espaldas a la partida.)* Don Ra monsito, y usté, ¿cómo no juega alguna ves al tresillo?

DON RAMONCITO.—¡Ay, eso es cosa de caballeros, amig Farfán! Pero yo, ¡pobre de mí! ¿Quién soy yo para alterna con ustedes? Un don nadie. Menos: sin don. ¡Un nadie secas!

FARFÁN.—No se haga usté el chiquito, hombre.

DON RAMONCITO.—No, si yo no me hago el chiquito... ¡Si estoy hecho desde que nací! Y yo, muy contento con mi i significancia, no vaya usté a creer.

PÉREZ.—Bien, don Ramoncito, bien por esa santa confo midad. ¡El basto!

WAMBA.—*(Tirando una carta.)* ¡Porras!

PÉREZ.—Conformidad, hijo, conformidad.

WAMBA.—Eso a don Ramoncito, que es tonto.

DON RAMONCITO.—¿Eh?

WAMBA.—Yo no me conformo con que usté me gane sier pre. Y usté perdone, don Ramonsito; usté perdone lo tonto.

DON RAMONCITO.—¡Si lo soy!... ¡Si lo soy!... *(Con una risi particular.)* ¡Ji, ji, ji, ji!... Ya ve usté la edá que tengo y pelo que he echado. Me pusieron a los quince años a has píldoras y potingues, y hasiendo pildoritas y potinguitos sig ¡Mire usté que a mi edá mansebo!

FARFÁN.—Sabrá usté de botica más que si fuera boticari

DON RAMONCITO.—¡Ay, hijo, eso debía sé, pero no es. que nase para ochavo... ¡Ji, ji, ji!... *(Leyendo en una rece que está preparando.)* Opio, dos miligramos. *)Trasteando la anaquelería.)* Opio..., opio... ¡Vaya con el opio!... Pues, ñor, no hay opio!... *(Canturreando y rascándose la cabe pensativo.)* ¿Qué le pongo, qué le pongo?... No le pongo nada Sí le pongo algo... Le pongo, le pongo... Le pongo dos peset y no le pongo nada... Y así no le hase daño...

CABRERA.—¿Qué le pasa, don Ramonsito?

DON RAMONCITO.—Pues mire usté, doctor, que ha reseta usté opio y no hay opio.

CABRERA.—Más vale así. *(Tirando una carta.)* El tres copas.

BENITO.—*(Mancebillo de la botica, entrando por el foro* Don Ramonsito, otra reseta.

DON RAMONCITO.—¡Vaya! Esta es del médico nuevo. *(Afia zándose las gafas.)* ¡Le tiemblo! Este buen señor trae un moditas y gasta una letrita... *(Leyendo.)* De hum..., ¿hum

Bueno! ¡Ya está! De pimpirinetes..., ¿percomitetes?... ¡Cualquiera sabe! Cinco gramos. Calestatos..., ¿qué será esto? Veinte gramos. Pimpirimpimpin... ¡Bueno! Diez gramos. *(A Benito.)* Trae tres botes.

BENITO.—¿Cuáles?

DON RAMONCITO.—Los que quieras.

BENITO.—Sí, señó. *(Dándole tres botes.)* Ahí van.

DON RAMONCITO.—*(Leyendo en los tarros.)* Goma..., almidón..., kola... ¡Niño!, ¿pero quién es el pasiente?

BENITO.—Ese que le disen don Tentetieso.

DON RAMONCITO.—¡Ah!

FARFÁN.—Parese que se mueve la venta, ¿eh?

DON RAMONCITO.—¡Quiá! No, señor. Esto va muy mal. Desde que murió el bueno de don Mariano *(Quitándose el gorro saludando reverente al retrato.)*, que gloria haya, ¡la ruina! ¡Aquí no hay más que trampas! ¡Muchas trampas! ¡Un barro de trampas!

WAMBA.—¡Ya, ya!

DON RAMONCITO.—Y desde que don Bonifasio, el rico, empesó a prestarno dinero...

PÉREZ.—¡Malo! ¡Mucho ojo con ese punto!

FARFÁN. Sí; cuidado con ese tío, que donde pone un sénimo, arrambla con todo.

CABRERA.—¿Pero ustedes no sabían? Sí, hombre, don Bonifasio ya ha metido aquí la garra y ése no se va de vacío. Es la langosta.

FARFÁN.—Dó Malefisio le llamo yo.

WAMBA.—Como que se está quedando con todo el pueblo a puersa de haser préstamos y... operasiones, como él llama a los chanchullos. Claro, está siempre a la que salta...

FARFÁN.—Yo creo que no hay dos olivos en todo el término sobre los que él no tenga una hipoteca. Y que le falta tiempo para ejecutar letras y pagarés. En cuanto le vense algo, ya está. ¡To pa mí!

DON RAMONCITO.—Pues aquí le debemos ya hasta el aire que respiramos.

PÉREZ.—¡Jesús!

CABRERA.—¡Válgame Dios!

DON RAMONCITO.—Menos mal que hay Providensia.

BENITO.—¿Providensia? ¿Saben ustedes lo que disen que dijo tras antié en er Casino? ¡Qué tío más verdugo!

DON RAMONCITO.—¿Qué dijo?

BENITO.—Pos dijo que dentro de una semana era boticario.

DON RAMONCITO.—¡Está estudiando! ¡Caramba, hombre!

BENITO.—Estudiando pa ladrón.

DON RAMONCITO.—¡Bah!

BENITO.—¡Que usté no conose a don Boni, don Ramonsito

DON RAMONCITO.—Desde que los dos éramos así. Y eso qu ahora andamos traspunteadillos.

WAMBA.—Ya, ya sé que no le puede ver a usté.

DON RAMONCITO.—¡Ni en pinturitas! ¡Ji, ji ji!...

FARFÁN.—¿Pues y eso?

DON RAMONCITO.—Raresas suyas. ¡Mire usté que un hombr tan rico, tan alto, venir a poner sus odios en una persona ta insignificante como yo!... ¡Ji, ji, ji! Y todo viene de una minu sia. Fué que un día iba yo casualmente detrás de él por l calle Ancha..., él camino del Juzgado, a lo suyo, a lo de siem pre, a ejecutar una deuda, o qué sé yo... Hasía aire, ¿sabe ustedes?, y de la cartera que llevaba se le cayó un papelito. Lo cogí yo. ¡Nada! Era un pagaré cumplidito contra no s quién. Veinte mil pesetillas...; no tenía importansia..., y po no molestarle llamándole la atensión y hasiéndole volve ¡pchs!, ¡lo rompí!... Y claro, pues... ¡Nada! Se enteró... ¡M nusias!

FARFÁN.—¡Josú!... Se queda con la botica, aunque no se más que para echarle a usté de aquí a patadas.

DON RAMONCITO.—Sí, si... ¡Como no, morena!

FARFÁN.—¿Qué? ¿Lo va usted a impedir?

DON RAMONCITO.—¿Yo? ¿Yo qué valgo, ni quién soy, ni qu puedo? Pero... *(Con mucho misterio.)* Lo que no sabe ése e ¡lo gordo! *(Gran curiosidad de todos.)*

PÉREZ.—¿Qué es lo gordo, don Ramonsito?

WAMBA.—A ver, a ver...

DON RAMONCITO.—¿Lo gordo?... Lo gordo es que... ¡Ay, s yo pudiera decirlo!

TODOS.—¡Venga, venga!

DON RAMONCITO.—Silensio, que sale doña Nati.

WAMBA.—*(Cogiendo las cartas para barajar.)* Con lo curi so que yo soy. ¡Me ha reventao! ¿Qué será ello?

CABRERA.—Alguna simplesa de este infeliz.

WAMBA.—Pues hasta que no me entere estoy sobre ascua Las medias palabras me pueden... ¡Me pueden! *(Entran e escena por la izquierda, con dirección al foro,* NATI *y* PRESE TACIÓN, *ambas de cincuenta años. Presentación de sombrere casero y traje pasado de moda.)*

NATI.—Y ya lo sabes. Tú no te preocupes.

PRESENTACIÓN.—Gracias, Nati.

NATI.—Nada de gracias. Los veinte, los cuarenta, los s senta duros..., cuanto te haga falta; me pones dos letras y correo seguido...

WAMBA.—*(A media voz.)* ¡Joroba! ¿Oyen ustedes?

CABRBRA.—*(Idem.)* Vamos, hombre; acabe usté, que está
té al caldo y a las tajadas.
WAMBA.—Es mi condisión. ¡No puedo!
NATI.—*(A Presentación, deteniéndose con ella en la puerta
l foro.)* Y esta noche te vienes a cenar.
PRESENTACIÓN.—No faltaré. ¿Dónde dices que está esa
nda?
NATI.—Aquí al lado; te ocompañaré.
PRESENTACIÓN.—Mujer, vas a molestarte...
NATI.—No es molestia, criatura. *(Se van por el foro.)*
WAMBA.—*(Tirando la baraja.)* ¡Que no puedo! Oiga usted,
n Romonsito, ¿quién es esa señora?
DON RAMONCITO.—No sé...
BENITO.—Es la característica de los cómicos que están en
Benavente.
FARFÁN.—Algún sablaso.
PÉREZ.—Por lo que se ve...
CABRERA.—Tú que no puedes...
WAMBA.—¿Pero de qué? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿A santo de
ué? Haga usté el favor, don Ramonsito.
FARFÁN.—¡Vaya!
WAMBA.—¡Un momento, hombre, un momento! ¡Tiempo
abrá para jugar al tresillo!
DON RAMONCITO.—Si yo no sé nada. Esa señora vino esta
añana y ahora se va. Se conose que se ha enterado de que
oña Nati fué cómica en sus tiempos, y ha venido a verla, o
be Dios a qué.
WAMBA.—¡Pero hombre! ¡Usté nunca se entera de nada!
o puedo con estos babiecas. *(Vuelve a barajar.)*
BENITO.—Yo digo una cosa.
WAMBA.—A ver qué lice éste. *(Deja de nuevo la baraja.)*
BENITO.—¿Se acordáis ustedes de cuándo vinieron los cómicos de Morrillo, que echaron una funsión y les hasía farta
na cómica y tiraron de Juanilla, la Narda, pa que trabajara
on ellos?... A vé si en la funsión de esta noche farta una cómica, y han venío pa que doña Nati trabaje.
WAMBA.—¡Bomba! De eso hay que enterarse. Sería un lleno.
PÉREZ. Si de eso se trata, tenga usted por sabido que doña
Nati se ha regado. Bastante inri tiene en el pueblo con haber
ido cómica en sus tiempos, y no creo que ella quiera que se
everdescan las murmurasiones.
DON RAMONCITO.—En eso del inri tiene usted más rasón que
n santo, padre Pérez. Mientras vivió don Mariano... *(Saluda
l retrato.)* Su sombra la protegió,,,, pero ahora... Esa es la
esgrasía de doña Nati: haber sido cómica. Por eso el pueblo
e da de lado.

FARFÁN.—¡Una injustisia! Y aquí estoy yo, que protesto, no con palabras, sino con hechos. Porque yo sé que el niño doña Nati tiene relasiones con mi hijastra y que se habl los dos por el ventanillo de la bodega...

WAMBA.—¡Y yo también lo sabía!

FARFÁN.—¿Y qué? ¡Pues ná! ¿Que se casan? ¡Que se case ¡Vayan benditos de Dios!

CABRERA.—Eso está bien.

PÉREZ.—Así se procede.

FARFÁN.—¡Hombre, yo soy un hombre moderno! Ahora q el día que se entere mi mujer, se va a armar el escándalo p dre. Como ella pica en la aristocrasia y vive con el mundo con el qué dirán, y es una burra muy burrísima...

WAMBA.—También, también lo sabía.

FARFÁN.—Oiga usté, amigo; que eso lo sé yo, pero no co siento que lo sepa nadie.

WAMBA.—Usté perdone, Farfán, que yo no he querido...

PÉREZ.—¡Claro!...

WAMBA.—Su señora de usté es una señora mu señora...

FARFÁN.—¡Pero que muy señora!

WAMBA.—Muy requeteseñora. Y yo estoy con ella.

FARFÁN.—¿Cómo que está usted con ella?

WAMBA.—Que le doy la rasón. Que si se entera de que niña tiene relasiones con el niño de doña Nati, a mí no r extrañará que siendo, como es su señora, una señora tan di tinguida, tire las patas por alto.

FARFÁN.—¡Ah! Eso es otra cosa.

WAMBA.—Claro, hombre... El hijo de una cómica...

PÉREZ.—¡Caridad, señores! Doña Nati ha sido cómica, c mo podía haber sido... modista. Supo librarse de las asecha zas del teatro. La prueba es que don Mariano... *(Saluda al r trato.)* Ese hombre digno, que cuando la conosió, no tuvo i conveniente en hacerla su esposa. ¿Verdá, don Ramonsito?

DON RAMONCITO.—Sí, señor. Pero aquí viene lo gordo. ¡l gordo!

WAMBA.—¡Recontra! *(Torna a dejar la baraja.)*

TODOS.—A ver, a ver.

BENITO.—¡Callarse, que viene! Don Ramonsito: yo voy buscá ar señorito Hermenegildo. Me dijo que fuera ar Ca no, o a... ¡al ventanillo de la bodega!

FARFÁN.—¡Ja, ja, ja!... Allí estará todavía.

BENITO.—Hasta luego. *(Cogiendo un paquetito muy euc* Tengo que llevarle este paquetito misterioso.

WAMBA.—¿Qué? ¿Qué es? ¡Di, di; anda, di!

BENITO.—¡Si usté supiera!... ¡Condió! *(Se va por el fon*

WAMBA.—¡Perras! *(A Cabrera.)* Tómome usted or pul

hombre... Me estáis dando la mañana con tantísimas incórnitas.

NATI.—*(Entra en escena por el foro, muy contenta, frotándose las manos y canturreando el famoso cantable de "El Joven Telémaco":)*

"Suripanta, la suripanta..."

¡Lo que ha venido a recordarme esa mujer! Don Wamba, usted que es tan curioso. ¡Una antigua compañera! Fué corista conmigo en los bufos. ¡Mucho, mucho valió! Por las pantorrillas de esa mujer se desafiaron Arderíus y el Duque del Pinar.

WAMBA.—A ver, a ver...

NATI.—¡Qué tiempos! ¡Quién la vió y quién la ve! Salía esta mujer vestida de Fortuna, luciendo toda la pierna, alta, bien plantada, bien andada; con una alegría en los ojos... que se conmovía el teatro. Por supuesto, así éramos todas las suripantas, aunque me esté mal el decirlo.

PÉREZ.—Suripanta, ¿qué era?

NATI.—Corista. Nos llamaban suripantas, porque en una obra, ya vieja, cuando yo me metí a cómica en "El Joven Telémaco", la primera obra de los bufos, salíamos vestidas de ninfas, y cantábamos "¡en griego, para mayor claridad!" *(Canta y acciona al compás.)*

"Suripanta, la suripanta,
maca truqui de somatén;
sum falibum, sum falibum,
maca truqui de sargaisinén.
¡Eri suqui!
¡Maca truqui!
Suripanta,
la suripén."

CABRERA.—*(Irónico.)* ¡Se vendría el teatro abajo!

NATI.—Mucho se aplaudía la suripanta, sí, señor. Y esto también, que es de la misma obra. A ver si lo recuerdan: *(Cantando y paladeando el recuerdo.)*

Me gustan todas,
me gustan todas,
me gustan todas
en general;
pero esta rubia,
pero esta rubia,
pero esta rubia
me gusta más.

Chiquillo, no digas eso,
porque te voy a pegar;
a mí no me pega nadie,
porque digo la verdad.

(Todos, incluso el cura, llevando el son con la mano en la mesa.)

TODOS.

Me gustan todas,
me gustan todas,
me gustan todas
en general...

(Ríen, aplauden y alborotan.)

WAMBA.—¿Y usté también salía con las pantorrillas al aire?

PÉREZ.—¡Don Wamba!...

CAFRERA.—¡Hombre!

FARFÁN.—¿Qué pregunta?...

NATI.—También. ¡Me lo exigían! Salíamos realmente indecorosas. ¡Ya lo creo! Yo he llegado a salir en el teatro casi como vamos ahora las señoras por las calles.

WAMBA.—¡Qué barbaridad!

NATI.—Pero cuidado, ¿eh? No era fácil conquistar a una real moza de aquellas. Las más de las veces costaba la bendición del cura.

WAMBA.—¡Qué barbaridad!

NATI.—Lo que usted quiera; pero condesas, y marquesas, y embajadoras viven todavía que fueron suripantas. Yo misma, decente entré en los bufos, lucí en el escenario y decente salí para honrar a mi marido.

PÉREZ.—Eso nadie lo ha dudado, doña Nati.

FARFÁN.—Sí, pero lo que yo digo...

CABRERA.—Y diga usté, doña Nati.

WAMBA.—Hombre, callarse; déjenla hablar, que nos estamos enterando... Siga usté. Callen, hagan el favor.

NATI.—Pues a lo que iba. ¡Ja! ¡Ja!... Esa pobre mujer no tuvo suerte. La Tulipán la llamaban porque en una obra salía vestida de Tulipán. A mí me decían la Girasol por lo mismo.

CABRERA.—¡La Girasol! Bonito nombre de guerra.

NATI.—Sí. A mí me gustaba. Y me iba. En cambio, a la Tulipán... ¡Pobre muchacha! Tropezó, cayó... y eso que parecía una mosquita muerta. En cambio, yo, que fuí una bala...

WAMBA.—¡Bueno va! ¡Venga de ahí! *(Se frota las manos de gusto.)* ¡Venga!

NATI.—En el buen sentido. A mí me gustaba encalambrinar a mis pretendientes más que comer con los dedos. ¡A mí

ones los tuve! Y no sólo en España, porque con los bufos
ní a América, y allí, sobre todo... Un banquero se pegó un
ro por mí a la puerta del teatro; un virrey, o qué sé yo...
No quiero acordarme!... ¡Qué loco!... ¿Y lo del general? Un
eneral que, despechado y rabioso porque yo no le hacía caso,
or no matarme, se echó al campo, armó una revolusión con-
a el Gobierno... y hoy tiene una estatua en su país. "¡El li-
ertador!" ¡Qué cosas! ¡Si supieran!...

CABRERA.—¡La historia! ¡Siempre una mujer!...

NATI.—¡Qué americanitos!... ¡Qué americanitos!... Cuando
alía yo de Girasol y rompía la música en un can-can y me
rrancaba yo con aquellos arrestos que tenía..., ¡se venía el
eatro abajo! Claro, viéndome así, no... Pero quítenme ustedes
reinta años de encima... Todo esto al aire, y esto también...;
scotada hasta aquí, y por aquí, hasta aquí, y yo... *(Cantando
bailando.)*

Ou la la, ou la la
le can can, le can can.
¡Voilá!

DON RAMONCITO.—*(Acudiendo a ella.)* ¡Doña Nati, señora!
Mirando al retrato.) ¡Don Mariano!

WAMBA.—¡Olé ahí; siga usté!

PÉREZ.—¡Don Wamba!

WAMBA.—Déjela usté, padre. ¡Si esto no va a salir de aquí!

NATI.—Y si sale, que salga. Bailaba yo un zapateado en
"Piranfio el labriego", una obra de Salgas Bonal... ¿Cómo era?
Poniéndose en jarras y canturreando.)

Sarrapamplín,
sarrapamplán.
Escalofín,
escalofán.

(Apuntando el zapateao.)

Tacatá, tacatá, tacatá.

FARFÁN.—¡Bravo! *(Aplauden.)*

DON RAMONCITO.—¡Señora! ¿Pero cuándo va usté a tener
formalidá?

NATI.—Déjeme usted que recuerde... Hoy es un gran día...
Estoy contenta, ¿verdad, don Ramoncito? Usted lo sabe.

DON RAMONCITO.—Sí, señora; pero no es para tanto...

WAMBBA.—¿Qué es ello?

NATI.—Secretillos míos que a usted no le interesan.

WAMBA.—¿Cómo que no?

NATI.—¡Lo que yo fuí! Pero nadie, ¡nadie!, pudo ponerm una tacha en lo que respecta a... *(Tose don Ramoncito.)*

PÉREZ.—Doble mérito y muy de apreciar. Y no es que y diga que bailando el can-can se sirve a Dios; pero, vamo San Ginés es todo un santo, y fué cómico.

FARFÁN.—Naturalmente, señor. ¿Y San Vito? ¿San Vit no fué?...

PÉREZ.—No diga usté tonterias. San Vito no fué bailarí San Vito fué...; yo no sé qué fué San Vito; pero, desde luc go, flamenco no.

FARFÁN.—Bueno, hombre; no he querido faltar... *(Mirar do hacia el foro.)* ¡Caballeros! ¡El médico nuevo!

CABRERA.—¡Vaya, hombre!... ¡Me pone agrio ese niño!. ¡Me corta!

NATI.—Y a mí.

LUCIO.—*(En el foro. Es casi un pollo pingüino.)* ¡Buenas

TODOS.—¡Buenas!

NATI.—Hola, don Lucio... ¿Una sillita?

LUCIO.—*(Sin pasar de la botica.)* No, gracias. *(A don Ro moncito.)* Oiga, mancebo; voy a denunciar la botica, ¿eh Esto no es una botica; aquí no hay de nada.

NATI.—¡Don Lucio!

LUCIO.—*(A Cabrera.)* No puedo experimentar, compañer Para un cliente con colitis, dispuse ayer lacteol con un vehicu lo azucarado en proporción prudente para observar el curs de la infección, y no sé qué demonio le han mandado de aqu que me han chafado el experimento, porque ya está bueno.

DON RAMONCITO.—Claro, le mandé un purgante.

LUCIO.—¡Pues mal mandado! ¡Así no hay manera! ¿Pe cómo se las arregla usted, compañero, para poder recetar?

CABRERA.—Hombre, yo hago una fórmula..., por fórmul y debajo pongo el nombre del cliente, ¿sabe usté?; porqu como en los pueblos se conose a todo el mundo, ya saben aq de qué pie cojea el enfermo, y le mandan lo que le conviene.

LUCIO.—¡Qué barbaridad! *(A don Ramoncito.)* Habrá u ted recibido una receta de...

DON RAMONCITO.—*(Leyendo.)* Sí; ésta de pirimpimpim...

LUCIO.—Qué pirimpimpim ni qué... orujo de uva. ¡Piper nal! Aldehido piperonílico, aldehido protocatético!

DON RAMONCITO.—¡Ah, sí! Descuide usté, que de eso ha

LUCIO.—¡Pues ojo! ¡Mucho ojo! Buenas tardes. *(Vase po el foro.)*

NATI.—¡Jesús!

FARFÁN.—¡Qué atrocidad!

CABRERA.—*(A don Ramoncito.)* Oiga usté, ¿y hay de eso en la botica?

DON RAMONCITO.—Y desde hoy va a haber de todo para ése. Anda y que le cure los enfermos su abuela! *(Echando en un mortero, de mala gana, lo primero que encuentra a mano.)* Aldehido, y aldevenido, y pimpotocatítico... *(Echando un chorro muy grande.)* seis gotas. ¡Toma gotas! ¡Valiente emplasto de niño alcachofa!...

BENITO.—*(Entra por el foro desalentado. Se queda apoyado en la anaquelería sin poder respirar, y al fin rompe.)* ¡Ahí viene! ¡¡Ya está ahí!!

TODOS.—¿Eh?

BENITO.—*(A Farfán.)* ¡Su señora de usté! Que ha pillao al señorito de aquí pelando la pava con su hijastra de usté, y ya acá viene. ¡Y cómo viene!

WAMBA.—¡Atisa! *(Gran revuelo. Todos se aterran.)*

NATI.—¡Válgame Dios!

PÉREZ.—*(Levantándose.)* Yo me voy.

CABRERA.—*(Idem.)* Bueno; hasta luego.

FARFÁN.—*(Asustado.)* ¿Dónde me meto?... *(Rehaciéndose.)* Pero qué? ¿Pero cómo? ¡Que venga! ¿Qué pasa? ¡Calma, señores! ¡Sentarse todo el mundo! ¡No pasa nada! *(Todos se sientan.)* ¡No pasa nada!

PAZ.—*(Joven guapa, bien vestida, presentándose en el foro. Viene con un velo echado sobre los hombros.)* ¡Buenos días!...

TODOS.—... ¡días!

PAZ.—Cuando una señora, tan señora como yo, se atreve a poner el pie en esta casa, es porque viene dispuesta a armar el primer joyín. *(Viendo que nadie rechista ni nadie le ofrece una silla.)* Sí, señora; muchas gracias. Me sentaré. *(Coge con airados modales una silla y se sienta en medio del escenario, diciendo furiosa.)* ¡Traigo una irritasión que me hierve la sangre!

JESUSILLA.—*(Una chica como de quince años, que ha entrado por el foro con una botella vacía en la mano, poniéndola en la mesa de la botica.)* Zarzaparrilla.

PAZ.—*(Revolviéndose furiosa.)* ¿Eh? ¿Es a mí?

DON RAMONCITO.—Es una clienta, señora. Despáchela, Benito.

BENITO.—Sí, señó. *(Despacha a Jesusilla, y ésta se va una vez despachada.)*

NATI.—*(A Paz.)* Usted dirá, señora, a qué debo el gusto...

PAZ.—¡Ay, el gusto!

FARFÁN.—¡Pasita, que te conozco!

PAZ.—Cállate, Farfán; cállate, que tú tienes la culpa. ¡Sí, tú, tú, tú y requetetú! ¡Cállate, Farfán! *(A Nati.)* ¿De manera

que su niño de usté, ese Juan Jilando, que es un Juan Jilan
anda al higuí de los dineros de mi niña? ¡Ay, qué bueno! ¡
él se peina mi niña! ¡Y lo sabía usté! *(A Farfán.)* ¡Y lo
bías tú! ¡Tú, tú, tú y requetetú, que estás pasando por to
tar de vení aquí a jugá a las cartas con estos tres desgrasia
y sacarles el dinero hasiéndoles trampas! ¡Trampas, que
sabes que yo lo sé! ¡Ahora, que soy prudente y me lo callo!
si no, mirá, mirá, andá y mirá en los ases y en los reyes
señalitas que los ha hecho con la uña por detrás.

PÉREZ.—*(Abalanzándose a las cartas.)* Caray, Farfán..

CABRERA.—*(Idem.)* ¡Porras!...

FARFÁN.—¡Pasita!...

PAZ.—¡Calla, Farfán! ¡Que te calles! ¡Mira que voy a d
lo peó!

NATI.—Suplico a usted, señora...

PAZ.—No, si ahora voy con usté. ¡Si traigo pa tos, y
sobra tela pa haserme un vestío de cola! Porque está u
muy equivocá. Y lo que siento yo es tené esta educasión
tengo, que me obliga a desí las cosas con medias palabr
pero así y to, nos vamos a entendé. ¡Muy equivocá, si, seño
Usté se cree que se la mira bien en el pueblo porque vie
aquí esos sinvergüenzas, quitando ar cura, no por na, sino p
que es cura... Pero to se sabe, y a su conque vienen. Mi ma
do, ya lo sabe usté: el médico porque va a media con don
monsito y el agua del poso de la botica...

CABRERA Y DON RAMONCITO.—¡¡Señora!!

PAZ.—Y el maestro, porque va a pacha con mi marido
lo de las trampas pa ganarle al cura.

WAMBA.—¡Porras! ¡Pero si aquí el que gana es el cura!

PAZ.—¡Anda! ¡Porque a to hay quien gane!

PÉREZ.—¡Doña Pasita!...

NATI.—*(Nerviosa.)* Resuplico a usted, señora...

PAZ.—Ahora, ahora voy con usté. Esta mañana estaba
leyendo; porque yo, aunque estoy en un pueblo, no soy
señora de pueblo de esas que se pasan er día adobando lo
metías en la cosina, o aliñando aseitunas, sino que soy
señora muy señora, que lee, sí, señó, que lee y se instruy
está ar tanto de to. Pues estaba yo leyendo er "Pinoch
cuando sentí ruido en la bodega. Y como allí están corg
los chorisos, que tengo puesto en ellos los ojitos de mi ca
dije, digo: "A ve si es un gato! Y me fuí p'allá. ¡Y era
niña! Mi niña, una señorita educá en un colegio de mon
subía en to lo arto, asomá ar ventanillo, y con una pata en
barrí y la otra en otro, que no era mi niña, era una X. ¡
blando con su niño de usté! Conque, con toa la prudensia
tengo, jalé de un sancajo de mi niña, la metí en er grane

e he dao dos güertas a la llave, y aquí vengo a contárselo a usté, porque más vale ponerse una ves colorá que siento amasilla. Si usté s'ha pensao que mi niña iba a sé pa su niño, eso s'acabó. Esa va mañana otra vez ar convento.

NATI.—Yo no había pensado nada, ni yo creo que sea para anto, porque mi hijo es un hombre de bien...

PAZ.—Su hijo de usté es el hijo de una cómica, y en mi familia no cae esa mancha.

NATI.—¿Cómo mancha? Yo soy tan decente como usté, y la peor cómica es tan persona como usted, y si he sido cómica, señal de que he servido para algo más que para guardiana de chorizos.

FARFÁN.—*(Dando un puñetazo sobre la mesa.)* ¡Tiene usté razón, doña Nati!

PAZ.—¿Que tiene rasón? ¡Farfán, a casa! ¡Se acabaron las contemplaciones! ¡A casa, Farfán!

FARFÁN.—¡Te irás tú si quieres!

PAZ.—Y tú conmigo, porque si yo echo la llave, como la casa es mía, a ver dónde vas tú a meterte sin una perra, que nunca la has tenido.

FARFÁN.—¿Vas a repetir aquí que me casé contigo por el dinero, ordinaria, que eres una ordinaria?

PAZ.—Como no lo soy, porque a fina no me ganan a mí los corales de la ma; mira... *(Le larga un sorbido de lo más ordinario.)* me quedo tan fresca. Yo lo que digo es lo que dise la gente, que nunca se equivoca. Y como hay que viví con la gente, por eso he dao este paso. *(A Nati.)* Que usté habrá sío una cómica desente; pero no sabemos de qué casta viene usté, y en mi familia, borrones, no, y mesclas, tampoco. Mi padre fué de los Valdiviesos; mi madre, de los Peraltas, y éste entró en mi familia porque es de los Farfanes.

FARFÁN.—¡Mira! Tu padre fué un bestia; tu madre, una abutarda; tú, una mula, y yo, un Juan Lanas. ¡Las cartas, boca arriba!

PAZ.—¡Boca abajo, que es como tú las señalas! ¡A casa, Farfán!

FARFÁN.—¡Pasita!...

PAZ.—¡Farfán, a casa, que te quedas en la calle!

FARFÁN.—Me voy; pero te digo y te repito que yo tengo a mucha honra ser amigo de esta señora, de esta cómica, que aunque fué en sus tiempos la Girasol...

PAZ.—¿La Girasol? ¿Has dicho la Girasol? ¿Que ha sido la Girasol? Pues anda, rico, ven que te diga una cosa, que te vas a reír. *(Ríe nerviosamente.)* ¡Ja, ja, ja!... ¡La Girasol!

NATI.—¡Ea; ya me cansé yo, señora!

FARFÁN.—Déjela usted, doña Nati. Es una serril sin educa-

ción, que en ves de pensar, respinga, porque es una farota sin sentido común y una cafre insolente, insivil, sin modales y sin vergüensa..., y me voy con ella, porque aquí no puedo yo desirla a ésta todo lo que tengo que desir. ¡A casa!

PAZ.—¡Bah!

FARFÁN.—*(A todos.)* ¡Conste que me voy, no es que me lleva!

PAZ.—¡Hala! *(Le da un empujón y lo hace desaparecer.)* Conque, que se conservéis bueno. Y si he fartao en argo, que no lo creo, porque a mí a prudente nadie me gana, dispensá.

NATI.—¡Vaya usted a coger... espinacas!

PAZ.—Las que usté me haiga dejao, señora. ¿Más fina?... ¡Bah! *(Se va por el foro.)*

PÉREZ.—¡Bendito Dios!

WAMBA.—¡Qué espanto!

CABRERA.—¡Es una bestia!

NATI.—¿Qué le parece a usted, don Ramoncito?

DON RAMONCITO.—Señora, que era una breva que estaba al caer y ya ha caído.

BENITO.—Lo que hay que ver es la cara que tiene er señorito Hermenegildo.

NATI.—¡Pobre hijo mío! Como su hermana.

WAMBA.—¡Ah! ¿Pero la niña...?

NATI.—Lo de Amparito es más grave; porque deshaserse un noviazgo con seis meses de relasiones... ¡Vaya! Pero a punto de amonestarse como estaba mi hija y romper definitivamente..., y no por culpa suya...

CABRERA.—Es que la familia del novio pica más alto que la mujer de Farfán. Viene de títulos. ¡Valiente gente!

PÉREZ.—¡Qué humanidad! Al asno caído, todos son palos.

BENITO.—Señora, ahí viene don Boni.

PÉREZ.—¡María Santísima!

WAMBA.—¡El que faltaba! Este viene a llevarse lo poco que queda.

CABRERA.—¡Sí, sí que está la mañanita clara!

NATI.—¡Qué vamos a hacerle!

DON RAMONCITO.—*(Sonriendo picarescamente.)* Dejarlo, dejarlo venir y que se consienta.

WAMBA.—*(Intrigado.)* ¿Qué?

DON RAMONCITO.—Yo me entiendo. *(Hace mutis por la puerta izquierda.)*

BONI.—*(Apareciendo en el arco del centro, sombrero en mano y secándose el sudor.)* Buenos días.

TODOS.—Buenos.

BONI.—Primaverales y espléndidos. ¡Vaya tiempo hermoso! Y es general, en toda España. ¿No habéis leído el parte del Observatorio de Madrid?

WAMBA.—No. ¿Qué?

BONI.—¡Hombre! ¡Pues casi nada! Que en el mar del Norte hay una depresión de antrípelos que ha barrido los brumóferos de la atmósfera. *(Los camelos que diga este don Bonifacio, que es un cincuentón algo rechoncho, de pelo rizado, muy simpático y un si es no es elegante, no los dirá entre paño y bola, como es uso, sino despacio, claros, rotundos y recreándose en ellos.)*

WAMBA.—*(Al actor que tenga más cerca.)* Menos mal. Viene camelístico.

BONI.—¿Qué? ¿Cree usted que son camelos? ¡Sí, sí! *(Dándola la mano a Nati.)* ¿Qué tal? ¿Se le arreglaron ya los nervios de la epiglotis?

NATI.—Sí. Tomé unos papelillos de grantusulfato de baulto, y como quien lava.

BONI.—No está mal. ¿Verdad, médico? Pues sí, amigo Wamba. Los brumóferos atmosféricos son los barbabones que se arrufinan en las nubernias cuando hay pahitragos flúmeos en el éter. Unos se desatran, formando los cartríbucos solares, y otros se escalofan por sí solos. ¿Verdad, cura?

PÉREZ.—¡Clarísimo, hombre!

WAMBA.—¿Pero cómo puede usté vivir disiendo tantísimas onterías?

BONI.—¡Este Wambita siempre tan simpático!

WAMBA.—Cualquiera que no le conosiese, diría que es un infeliz sin hiel. Y tiene siete gatos en al barriga.

BONI.—¡Bah..., bah..., bah!... Mira con lo que sale ahora el maestrillo. Más valiera que le enseñara a los chicos la dinastía de los godos completa. *(A Cabrera.)* Sí, hombre. Este enseña Ataulfo, Sigérico, Walia, Teodoredo..., y se cuela; porque entre Sigérico y Walia, el cura lo sabe, reinaron además, ¡fijarse!, Ventrilico, Saldrinico, Pranfilando, Toliveo y Parundo, el monje. ¿Eh, médico?

DON RAMONCITO.—*(Entrando en escena.)* ¿Camelitos, eh?

BONI.—*(Mudando de color.)* ¡Ché! ¡Contigo, no! A mí no me dirijas la palabra, ni para bueno, ni para malo. *(Sentándose.)* Ya me ha puesto de mal humor ese hombre.

NATI.—Pero, don Boni, ¿cuándo va a concluir esa inquina?

BONI.—¡¡Nunca!! Ese y yo tenemos una cuenta pendiente, a mí no. A mí no ha nacido quien me engañe, y menos un... Bah, bah, bah!... *(Congestionándose.)* Vamos a dejarlo, porque es que me..., que me..., me pone..., me pone..., ¡me pone! Lo veo y me..., me... ¡Se acabaron las chirigotas!

DON RAMONCITO.—¡Si quieres me voy y...!

BONI.—*(Olímpico.)* ¡Bah!

NATI.—No se ponga usté así, hombre.

BONI.—¡Claro que me pongo! Yo tengo ya cincuenta y ocho años, y yo, cuando todos van, ya he vuelto y estoy sentado viéndolos venir..., y el dinero es sagrado. Cuatro y cuatro, ocho, y dos, diez, y de diez me llevo seis. ¡Las cuentas claras!

DON RAMONCITO.—Pero, hombre...

BONI.—¡Pero nada! Yo soy más largo que ancho. Para engañar a la gente, yo. Para engañarme a mí, nadie. ¡¡Nadie!!

WAMBA.—*(Por mudar de conversación.)* Qué... ¿Es verdad que se ha quedado usté con la tahona de don Mario? ¡Buen negosio!

BONI.—*(Afirmando con un gruñido.)* ¡Hum!...

PÉREZ.—Pues con eso, toda la calle Góngora es suya.

BONI.—Quitando la casa de Torregorda.

CABRERA.—Que se la quitará usté en seguida.

BONI.—¡Yo qué voy a quitar! Yo no quito más que lo que es mío.

CABRERA.—¿Pero no la tiene usté hipotecada?

BONI.—Sí; pero hasta junio...

WAMBA.—Pues falta un mes...

BONI.—¿Y le parece poco?

DON RAMONCITO.—No. Y acabarás quedándote con todo el pueblo. *(Machaca en un mortero.)*

BONI.—¡Sí, sí!...

DON RAMONCITO.—Porque te das unas mañas... *(Machaca como si le machacara la cabeza.)*

BONI.—¡Ya, ya!

DON RAMONCITO.—Y yo me alegro. ¡Sin que me quede otra por dentro!

BONI.—¡Sí, sí!

DON RAMONCITO.—Y eso que yo sé lo que me espera cuando sea esto tuyo.

BONI.—¡Ya, ya!... Y a propósito, doña Nati: comprenderá usted que a nuestros asuntos hay que ponerles un término...

BENITO.—*(Aparte a don Ramoncito.)* Ya está. Nos caímos.

PÉREZ.—Si van ustedes a hablar de negocios, me retiro.

CABRERA.—Y yo.

WAMBA.—Hombre, no. ¿Qué más da? Siéntense.

NATI.—Sí, no vale la pena... ¿Decía usted, don Boni?

BONI.—Nada, lo que usted sabe. *(Por don Ramoncito.)* Y éste también debe saberlo... ¡Que ya está listo éste! Pero donde está lo legal y lo justo...

DON RAMONCITO.—Sí; ocho y dos son diez, y te llevas seis.

BONI.—¡Ya hablaremos tú y yo!

DON RAMONCITO.—¡Cuando quieras, hombre!

BONI.—Pocas palabras han de ser. "Esa es la calle, y esta es mi casa."

)ON RAMONCITO.—*(Con chunga.)* ¡Sí, sí!
3ONI.—¿Eh?...
)ON RAMONCITO.—*(Como antes.)* ¡Ya, ya!...
3ONI.—Pues claro que ya. Los documentos han vencido.
)ON RAMONCITO.—Vencen mañana.
3ONI.—¡Bah, bah, bah!... ¿Qué más dará?
)ON RAMONCITO.—*(Remedándolo.)* ¡Bah, bah, bah!... ¡Pues ro que da!
VATI.—Vamos, no se ponga usted así. ¿Los trae usted?
3ONI.—No, señora. *(Con retintín.)* Hoy hacía viento..., y no traigo. *(Mira a don Ramoncito como para comérselo.)*
VATI.—Muy bien. Pero podrá hacerme una relación, una malización..., un recibo en globo... Voy por la lista, que go para confrontar.
3ONI.—¿Pero va usted a pagarme?
VATI.—Sí. Casi todo, o todo. Todo será mejor. Salgo, salgo seguida. *(Hace mutis por la izquierda.)*
VAMBA.—*(Levantándose impaciente.)* ¿Eh? ¿Cómo? ¿De de? ¿Con qué?
'ÉREZ.—¡Ca... rape!
3ONI.—*(Boquiabierto.)* ¿Pero es que...?
)ON RAMONCITO.—*(Remedándole.)* ¡Sí, sí!...
3ONI.—¿Pero habéis oído?
)ON RAMONCITO.—*(Como antes.)* ¡Ya, ya!... ¡Como que te s a quedar con la botica!
ONI.—¡Oye, tú!
)ON RAMONCITO.—*(Remedándole.)* ¡Bah, bah, bah, bah!...
ABRERA.—Que me maten si lo entiendo.
ENITO.—Y a mí que me entierren con usté.
VAMBA.—Vamos a ver..., vamos a ver... Que nos entere-
).
)ON RAMONCITO.—*(Con mucho misterio y sin dejar de macar en el mortero.)* ¡Lo gordo!... ¡La bomba!
VAMBA.—¡Venga ya, hombre, aunque explotemos todos!
)ON RAMONCITO.—Pues que anoche... *(A Benito.)* Ponte , no sea que salga.
ENITO.—Sí, señó; pero alce usté la voz pa que yo me en-
).
ON RAMONCITO.—*(Siempre con gran misterio.)* Pues que che llegó una carta... rarísima. Una carta en inglés, con sello de un consulado, o qué sé yo... Una cosa así como un ilucho y dos ramitas de laurel, en rojo, en relieve...
ONI.—¿Quieres acabar? ¿Qué decía la carta?
ON RAMONCITO.—¡Cualquiera sabe! Es desir, ella sabrá. Me que echaría mano del poco inglés que sabe de cuando es-

tuvo en Wáshington con los cómicos, y se ha pasado la noc traduciendo.

BONI.—¡Bah, bah, bah!...

DON RAMONCITO.—Yo no sé más, sino que dentro venía co un cheque...

WAMBA.—¿Un cheque?

BONI.—¿Un cheque de qué?

DON RAMONCITO.—Yo leí, me parese, un dies y siete y tr seros...

BONI.—¿Diez y siete mil pesetas?

DON RAMONCITO.—Eso será. Yo, la verdad, en lo que más r fijé fué en el bicho del escudo. *(A Boni.)* ¡Si vieras qué bic más raro!

BONI.—¡Aquí no hay más bicho que tú!

DON RAMONCITO.—¿Yo bicho?

BONI.—Un bicho y un mamarracho.

DON RAMONCITO.—Mira, Boni, que en defensa propia te d con la maza en el coco y me sacan libre.

PÉREZ.—¡Don Ramonsito!

DON RAMONCITO.—¡Que me ha llamado bicho, caramba!

WAMBA.—Eso es lo de menos, hombre. ¡Siga usté! ¿Y q más?

BONI.—*(A Wamba.)* No caiga usted de primo. Eso es u trola de este imbécil.

DON RAMONCITO.—*(A Pérez.)* ¡Le voy a dar así!...

PÉREZ.—¡Vamos, vamos!...

BONI.—Que se cree que yo me chupo el índice, y yo no chupo el índice, ni la primera página. A mí no ha nacido qui me engañe. ¡Nadie! Y menos este idiota.

DON RAMONCITO.—¡El imbécil, el idiota, el bicho, el man rracho y el borracho eres tú!

BONI.—Lo que quieras; pero la botica es mía.

DON RAMONCITO.—¡Te vas a ver negro!

BONI.—*(Olímpico.)* ¡Bah!

FARFÁN.—*(Apareciendo en el foro con un número de "Noticiero Sevillano", en la mano.)* ¡Caballeros!... *(Recelos* ¿Está doña Nati?

WAMBA.—No.

FARFÁN.—*(Entrando.)* Primeramente, señores, como he lido de aquí de la manera que he salido, vengo a dejar a mujer en el lugar que le corresponde.

PÉREZ.—Sí, hombre. Entre marido y mujer... Dispénsela

FARFÁN.—No. ¡Si es que he tenido que tragarme todas cosas que pensaba decirla! ¡Porque la que tiene rasón es e Como que vuelvo porque me da no sé qué de que sigan uste

uí sabiendo, como sabe todo el pueblo *(Palmoteando en el ario.)*, ¡¡que hay que irse!!

TODOS.—¿Eh?

FARFÁN.—¡Hay que irse y no volver!

WAMBA.—¡Por los clavos de Cristo, que me va a dar una ngestión! ¡Al grano! ¿Qué es ello?

FARFÁN.—Que ya sé por qué don Ramonsito desía tanto sí, ..., ¡ya, ya!..., y por qué me dijo a mí antes que no se quería éste con la botica.

CABRERA.—*(Despectivo.)* ¡Bueno!

PÉREZ.—*(Idem.)* ¡Notisia fresca!

WAMBA.—*(Decepcionado.)* Sí, hombre. Porque ha resibido cheque de dies y siete mil pesetas.

FARFÁN.—¿Nada más? ¡Señores, qué barbaridad! ¡Y a cos- de qué! ¡A costa de qué!

WAMBA.—*(Saltando.)* ¿De qué? ¿De qué? ¿De qué?...

FARFÁN.—Que esta señora nos ha dado el gran camelo. Esta ñora es una cualquier cosa.

DON RAMONCITO.—Oiga, no consiento a usté...

FARFÁN.—¡Cuando yo digo que usté es tonto!... Oigan ustes lo que trae "El Notisiero" de hoy... ¡La virtuosa! ¡Santa ripanta, viuda y mártir!... ¡Una sinvergonzona!

DON RAMONCITO.—¡Señor Farfán!...

FARFÁN.—Oigan, oigan. *(Mientras busca en el periódico.)* l escándalo que ha armado mi mujer! Ya se lo ha dicho sta a los chiquillos que venden los periódicos para que lo ceen. *(Leyendo.)* "Wáshington, tres.—Ha fallecido el octonario banquero míster George Klaris, legando en su testa- ento gran parte de su fortuna a las artistas de una compa- a de revistas inglesas que actúa en el Coliseum Teatre, de icago; y el resto lo distribuye entre las mujeres que amó su juventud. Entre las numerosas favorecidas figuran tres pañolas: Clara Vera, natural de Játiba, artista de circo; sefina Escalera, la célebre diva Guigephina Escalioni, ya llecida, y una antigua suripanta de los bufos de Arderíus, nocida en sus tiempos por la Girasol." *(Doblando el periódi- .)* Y total, por lo que se ve, diez y siete mil pesetas... *(Al trato.)* ¡Mariano, hombre!...

CABRERA.—*(Idem.)* ¡Caramba, don Mariano!...

PÉREZ.—*(Idem.)* ¡Pobre don Mariano!...

WAMBA.—Marianillo, ¿pero tú sabías...?

BENITO.—*(Idem.)* ¡Hola, Mariano!

DON RAMONCITO.—*(Dándole un cate.)* ¡Niño!... ¡Señores, ás respeto!

BONI.—Es que, además, como si no, porque con esas diez y ete mil pesetas no le alcanza para pagarme.

FARFÁN.—¡Eso es lo de menos! Yo he venido a ponerles tanto, porque, vamos, he creído un deber de amigo...

UNA VOZ.—*(Pregonando en la calle.)* ¡"El Notisiero" de hc con la herensia de la boticaria!... ¡"El Notisiero"!...

FARFÁN.—¿Eh? ¿Qué tal?...

PÉREZ.—*(Saltando en seco.)* ¡Ca... rape! Sí; tiene usted r són. Yo, no es que me asuste de nada; pero yo me debo a Publicado eso, y mientras no se aclare convenientemente, ı presencia aquí sería tanto como autorizar... *(Cogiendo gorro.)* Comprenderán ustedes...

WAMBA.—Y yo digo lo mismo. ¿Dónde he puesto el sor brero?

CABRERA.—*(Cogiendo el suyo.)* ¡Claro, hombre! ¡Y cualqui ra le tapa la boca a la gente! ¡No es que yo...! Pero, vamos.

FARFÁN.—Me parese que he avisado a tiempo...

BONI.—¡Bah, bah, bah!... Como digo una cosa, digo otr Aquí lo importante es que no hay harina, que es lo que int resa, porque si...

PÉREZ.—El dinero es lo de menos. El culto a la dignidad. El respeto a la voz pópuli... Pero no son horas de sermone Más vale que...

NATI.—*(Saliendo.)* ¿Qué? ¿Está esa nota, don Boni?... C ramba, Farfanito, ¿usted otra vez aquí?

FARFÁN.—Por poco tiempo, porque... *(Muestra el diario*

NATI.—¿Es el de hoy?

DON RAMONCITO.—*(A Nati.)* Debió usté comprar todos l números, doña Nati. Bien se lo aconsejé. Ya han leído todos.

NATI.—¡Ah! ¿Saben ya?

FARFÁN.—Sí, señora, y por eso... *(Inicia el mutis.)*

PÉREZ.—*(Idem.)* Es doloroso. Yo no sé cómo desirla...

CABRERA.—*(Idem.)* ¡La gente, doña Nati! ¡La gentusa qu hay en este pueblo! Pero uno tiene su clientela, y no uno a...

WAMBA.—*(Idem.)* ¡Que yo fuera independiente, y ya ver usté! ¡Pero la escuela, los chicos y las familias de los chicos!.

BONI.—*(A doña Nati.)* ¡Don Ramoncito!... ¡Ahí tiene u ted a don Ramoncito, que es el que lo ha descubierto todo!

NATI.—¡Qué imprudencia, don Ramoncito!

DON RAMONCITO.—Señora, yo... Si yo no...

FARFÁN.—*(Por el diario.)* No; si es esto. ¡Es la Trompet de la Fama!

PÉREZ.—Aún si pudiera usté probar que eso es una dif masión...

NATI.—*(Cayendo abatida en una silla.)* ¡No puedo! ¡N puedo!

PÉREZ.—*(Poniéndose el gorro.)* Vamos, señora, no...

CABRERA.—*(Encasquetándose el sombrero.)* Sí, claro...

WAMBA.—*(Poniéndose el sombrero.)* Claro...

FARFÁN.—¿Y usté se queda, don Boni?

BONI.—¡¡Claro!!

PÉREZ.—*(Compadecido.)* ¡Válgame Dios!...

NATI.—Siempre pensé que esta felicidad me haría desgraciada. ¡Ha descubierto mi pasado tan cuidadosamente oculto! ¡No sabía George el daño irreparable que me iba a hacer su dinero!... ¡Maldito dinero!

BONI.—Y diez y siete mil pesetas, que eso no es dinero.

NATI.—*(Llorando.)* Ciento setenta mil...

BONI.—¿Pesetas?

NATI.—¡Dólares!... Un millón de pesetas..., poco más. ¡Qué desgracia! *(Llora desconsoladamente.)*

WAMBA.—*(Quitándose el sombrero.)* ¿Un millón?

CABRERA.—¡Un millón!

BONI.—¡No se apure usted, joroba; aquí estoy yo! *(A Benito.)* ¡Tú, agua!

BENITO.—¡Voy! *(Mutis por la izquierda.)*

PÉREZ.—¡Vaya por Dios! A ver si se le pasa... No es cristiano dejarla así, tan... *(Aparentando mala gana, se quita el gorro y se sienta a la mesa.)* ¡Vaya, hombre! *(Inconscientemente, coge la baraja y empieza a barajar.)*

FARFÁN.—*(Cogiendo una silla,* y *sin saber si sentarse o no.)* ¡Claro, claro!...

BONI.—*(Acercándose a la puerta de la ida.)* ¡A ver ese agua!...

PÉREZ.—Oiga, Cabrera: ¿cómo era ese solitario de los reyes?...

CABRERA.—*(Sentándose a su lado.)* Hay que marcar un palo de triunfo...

PÉREZ.—Pues oro son triunfos. *(Farfán deja la silla, dobla y guarda el periódico,* y *se acerca a la mesa con el achaque de ver el solitario.)*

WAMBA.—*(Acercándose también, y en voz baja a los demás.)* Aquí de lo que hay que enterarse es de...

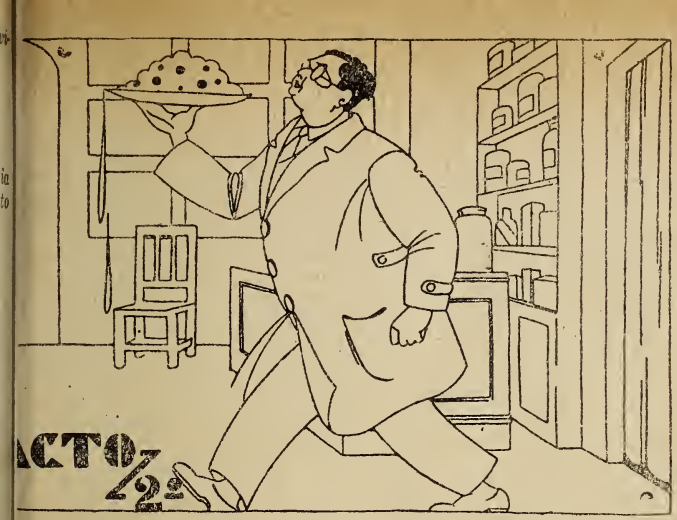
FARFÁN.—¡Calle usté, hombre! *(A los del solitario.)* ¡A ver, venga! *(Gran pausa. Durante ella, sigue sollozando doña Nati. Don Boni, junto a la puerta de la izquierda, como si aguardara a Benito, repasa a hurtadillas un cuaderno de notas* y *echa sus cálculos. Don Ramoncito requiere un mortero. El padre Pérez va tendiendo naipes sobre la mesa.)*

DON RAMONCITO.—*(Rompe el silencio machacando con suavidad y canturreando entre dientes.)*

"Suripanta, la suripanta,
maca truqui de somatén."

TODOS.—*(Encarándose con él, tendiendo los brazos hacia doña Nati, en un amplio ademán, como reclamando respeto para su congoja.)* ¡¡Hombre!!...

TELON



La misma decoración.

r la izquierda sale BENITO, llevando una enorme fuente de nati-
s, y por el foro PRESENTACIÓN, que trae un traje de señora en-
vuelto en un blanco lienzo.

PRESENTACIÓN.—Hola, Benitillo. ¿Natillas? ¿Adónde bueno
n lo bueno?
BENITO.—Ar comedó. ¡Menudo banquete se están zampando!
PRESENTACIÓN.—¿Quiénes?
BENITO.—Los cabales: er Padre Pérez Cabrera, er médico,
n Boni, doña Nati y don Wamba, que no ha venío.
PRESENTACIÓN.—¿A santo de qué?
BENITO.—Los cabales: er Padre Pérez Cabrera, er médico,
uiente de una boda, aprovechando que los recién casados
an ido fuera, los consuegros, ca uno en su casa, dan una
nida a sus amigos. La que ha dado doña Nati por la torna-
da de su niña ha sío atró. ¡Y misté que postre: como pa
ó nadá y sambullirse!
PRESENTACIÓN.—Pues anda, que estarán esperando...
BENITO.—Sí, señora. *(Medio mutis.)* Y es que como se sele-
an dos cosas...
PRESENTACIÓN.—¿Dos cosas?
BENITO.—Claro. La boda de la señorita y er que hoy llega

de Sevilla don Ramonsito con toa la pasta mineral catala en buten. ¡Ya semos ricos! *(Baila.)*

PRESENTACIÓN.—¡Ay, las natillas!

BENITO.—¡Olé ahí, don Ramonsito!

PRESENTACIÓN.—¡Pobre don Ramonsito!

BENITO.—¡Sí, sí! ¡Menúa ganga se va a encontrar cuan llegue doña Nati, que le regala la botica!

PRESENTACIÓN.—¡Mira!

BENITO.—¡Y se lo merese!

PRESENTACIÓN.—¡Lo creo!

BENITO.—¿Qué? ¿Le digo a doña Nati que sarga, o ent usté?

PRESENTACIÓN.—No; no le diga nada, que no tengo pris Aquí me quedo, y ya te avisaré si viene alguien.

BENITO.—No; no hay cuidao que nadie venga. Hase cuat días que está ahí puesto er cartelito de: "No se despacha *(Viendo salir a doña* NATI *por la derecha.)* Hombre, mis doña Nati.

NATI.—*(Saliendo.)* ¡Pero Benito!... *(Vase Benito por derecha. A Presentación.)* ¡Mujer!

PRESENTACIÓN.—¡Natividad! *(Se besan.)*

NATI.—¿Cómo no has entrado? Tú eres de la confianza.

PRESENTACIÓN.—Acabo de llegar. Y perdóname; hasta ah ra mismo no he terminado el traje que me encargaste para niña...

NATI.—¡A buena hora! Con su marido va camino de Fra cia.

PRESENTACIÓN.—¡Mujer, cuánto lo siento! Creí que se qu daba en el pueblo...

NATI.—¡Qué disparate! Con el dinero que tiene el novio No estaría bien visto. Van a Francia, Bélgica, Alemania...

PRESENTACIÓN.—¡Pues si quieres se le factura!...

NATI.—¡Bah! Cuando regrese se lo encontrará aquí. *(De envolviéndolo.)* ¡Jesús, cuántos colorines!... Mira que si tú yo saliéramos a la calle con esto...

PRESENTACIÓN.—No digas. Peores cosas nos hemos pues en el teatro.

NATI.—Es verdad. Bueno, ¿y cuánto?

PRESENTACIÓN.—Nada, mujer; el coste, nada...

NATI.—¿Cómo nada? Quinientas pesetas. No me repliqu Ya que te has quedado en el pueblo, mi deber es protegerte ¿Has comido ya? Una copita de licor... Anda, entra.

PRESENTACIÓN.—Deja, no...

NATI.—Tienes razón. El que más y el que menos de los q están ahí tienen ya una media estocadita. El vinillo y champán, ¡figúrate! He tenido que salirme, porque como

don Boni, siempre que se pone calamocano, le da por castigarme...

PRESENTACIÓN.—No sabía...

NATI.—Resabios de tiempos atrás. Cuando vine a casarme al pueblo y se corrió que yo había sido cómica, él fué uno de los que se creyeron que todo el monte era orégano, y me puso cerco.

PRESENTACIÓN.—¡Valiente castigador!...

NATI.—Pues media hora lleva martirizándome ahora. ¡Qué visajes, qué gestos, qué miradas carneriles! Una cosa así. *(Hace, entre visajes y suspiros, tres o cuatro gestos melancólicos.)*

PRESENTACIÓN.—¡Ja, ja, ja!... ¡Jesús!...

NATI.—¡Qué cosas! *(A* BENITO, *que sale.)* Oye, llévate esto. *(Le da el lío.)*

BENITO.—Sí, señora. *(Mutis por la derecha.)*

PRESENTACIÓN.—Mira que si don Boni y tú... ¡Menuda boda!

NATI.—¡Quita, mujer; primero, turca! Eso no es un hombre; eso es un lárgalo.

PRESENTACIÓN.—Pero hay harina... *(Dinero.)*

NATI.—¡Bah! A mí ya todo me sobra, y soy feliz. Mi niña ha pescado el mejor partido del pueblo... Tampoco va ella descalza: entre el trusó y otras cosillas, he gastado en ella cerca de seis mil duritos. Y la boda de mi hijo está ya al caer. Esta tarde espero a los padres de la novia para ponernos de acuerdo sobre el dote que hemos de dar. Yo pienso salir del paso con mil pesetillas mensuales...

PRESENTACIÓN.—Pero no me vuelvas loca, mujer, porque tú...

NATI.—Nada, chica, que sigue creyendo la gente que fuí la Girasol y que voy a heredar, y tengo un crédito que me rio de Urquijo. Después de todo, si no fuí la Girasol, fuí la Mosqueta, y...

PRESENTACIÓN.—No compares, mujer. Tú fuiste una chica formal, y la pobre Purita fué una bala. A mí, la verdad, me hubiera dado no sé qué el pasá por una mujer tan, vamos, tan...

NATI.—Pues a mí, no. Me vi asediada, vencida; vi a mis hijos despreciados, y me revolví como una leona. ¡No me arrepiento! Claro que si no hubiera contado con don Ramoncito...; porque la carta del Consulado, punto de partida de toda esta farsa, fué idea y obra suya. ¡Qué maravilla de falsificación, chica!

PRESENTACIÓN.—¿Y con eso ha bastado?...

NATI.—No. Para darle a todo un viso de verdad, mandé sacar mi partida de nacimiento a Madrid, llamé al notario del pueblo, y aquí, delante de todos, otorgué un amplio poder a

don Ramoncito para que fuera a Sevilla a cobrar; y allí lo tengo haciendo el paripé de que gestiona el cobro del millón en el Consulado.

PRESENTACIÓN.—¿Pero el dinero que estás gastando de dónde lo sacas?

NATI.—¡Calla, mujer!... ¡Ja, ja, ja!... Me lo facilita don Boni, con un interés bárbaro, en espera de cobrar en seguida. El, que quería echarme de aquí y quedarse con todo..., y ya ves, soy yo la que me estoy quedando con él. Lo que le pido me da. Y es que, desengáñate, tanto tienes, tanto vales.

PRESENTACIÓN.—¿Pero no temes?

NATI.—Nada. Es decir, sí. Una cosa me trae inquieta: que hoy llega don Ramoncito, contra mi mandato de que siguiera en Sevilla, haciendo que hacía hasta que se casara mi hijo, y no me explico por qué me desobedece. Es tan asustadizo y tan poquita cosa... Lo grave es que he dicho que viene con el dinero. ¡Claro, y ahora...!

PRESENTACIÓN.—¡Qué barbaridad! Oyeme un consejo.

NATI.—No; no me pongas chinitas en el camino. ¡Adelante, siempre adelante! Volver la cara, jamás. ¡Hoy llega don Ramoncito, y viene con el millón de pesetas! ¡El sueño de toda mi vida! ¡Voy a tener un millón! ¡Lo tengo!

PRESENTACIÓN.—*(Un poco asustada.)* ¡Chica, chica! ¡Me das miedo!

NATI.—¡¡Es que lo tengo!!

PRESENTACIÓN.—Bueno; mira, yo me voy...

NATI.—¿Crees que estoy loca? ¡No! En estas noches de insomnio, llena de preocupaciones y zozobras, martirizada por la idea de encontrar motivos nuevos, y nuevos motivos con que dar verosimilitud a mi farsa, he llegado a descubrir la verdad. ¡El dinero no existe!

PRESENTACIÓN.—¿Por dónde se sale?

NATI.—Es una teoría que consuela mucho. Si no fuera por ella, no me hubiera atrevido a nada. Verás: ¡el dinero no existe! Fíjate: es verdad que con él se pueden tener comodidades y buena vida. Pero una de dos: o lo gastas en eso, o lo guardas. ¿Que lo gastas? Te quedas sin él. Ya no existe. ¿Que lo guardas? Pues como si no lo tuvieras; porque, ¿para qué te sirve si no vives bien? Es lo mismo que si, en vez de dinero, tuvieras unos montoncitos de conchitas de la mar.

PRESENTACIÓN.—¡Oh, no! Se gasta un poco y se guarda otro poco.

NATI.—Pues el que gastes ya no lo tienes, y el que guardes, mientras no lo gastes, como si no existiera, y en cuanto lo gastes, te quedas sin él. ¡El dinero no existe!

PRESENTACIÓN.—¡Ah, pues sí!

NATI.—¡Claro! Las que sí existen son las comodidades y la buena vida, y ésas hay que procurárelas diciendo que se tiene dinero guardado, porque como ya hemos visto que el dinero guardado es como si no, pues una cosa que es como si no, lo mismo da tenerla que no.

PRESENTACIÓN.—*(Convencida.)* Pues, sí. Digo, no... ¡No me hagas un lío! *(Se oyen rumores dentro.)*

NATI.—Calla, que salen.

CABRERA.—*(Dentro.)* ¡Viva la vida, padre Pérez!

BONI.—*(Idem.)* Sí, señor; ¡viva la vida y los concubitos diáfanos del vinillo de Sanlúcar!

PÉREZ.—*(Idem.)* Lo que ustedes quieran. *(Por la derecha salen don* BONI, CABRERA *y padre* PÉREZ.*)*

NATI.—¿Qué? ¿A tomar el café aquí fuera?

BONI.—No, señora. Vamos a tomarlo al Casino. El café que se hace en las casas se hace con café y sabe a café, y a nosotros nos gusta más el café que hacen en el Casino con lentejas tostadas, tabaco molido y tierra siena. *(A todos.)* ¡Hala!

NATI.—¿Pero ni una copita siquiera?

CABRERA.—Sí. El coñac vendremos a tomarlo aquí en seguida. Ese sabe lo mismo que allí, y aquí es de balde.

BONI.—*(Lo mira airado.)* ¡Qué gorrón!

NATI.—*(A Benito.)* Pues, anda, ve sacando copas... *(Obedece Benito, que entrará y saldrá repetidas veces por la derecha cuando convenga.)*

BONI.—¡Muy bien! Hasta ahora. Vamos. Convido a puros.

CABRERA Y PÉREZ.—¿Usted?

BONI.—¡Yo! ¡Un día es un día! ¡Voy a comprarlos de los de tres cuarenta y cinco!

PÉREZ.—¡Bien!

CABRERA.—¡Olé ahí los tíos!

BONI.—¡Che!... Quiero decir, de los que dan tres por cuarenta y cinco. A quince céntimos cada uno. No se hagan ustedes ilusiones.

CABRERA.—*(Despectivamente.)* ¡Vamos!

BONI.—¡No hay que apurarse! Todavía deben de quedar unos puros buenos de los que sobraron del banquete de boda.

BENITO.—Y que son de a cuatro pesetas cada uno...

BONI.—¿¿¿Quéee??? ¿Que vamos a quemarle doce pesetas encima de la comida que le hemos gañoteado? ¡Que no!

CABRERA.—¡Qué tío!

BONI.—Más vale ser tío que primo. *(A Nati.)* Y ya que he entrado en harina, le diré a usté, porque si no se lo digo reviento, que éste no es camino. Está usted dilapidando, y ¡no! Hay que salvar ese millón de pesetas sea como sea. ¡Si es

preciso, me caso con usted! Todo antes que se lo gaste usted en superfluidades.

NATI.—¿Pero a qué llama usted superfluidades? ¿Al banquete de ayer? ¿Qué menos para celebrar la boda de la hija de una millonaria?

BONI.—¡Bah, bah, bah, bah!...

NATI.—¡Cómo se conoce que usted no tiene hijos!

BONI.—¿Yo? Vamos, señora, ¡yo no hago cosas superfluas!

NATI.—Pues no hay dinero en el mundo con que pagar la alegría que yo tuve ayer, viendo en torno mío a lo mejor del pueblo. Tanto como me despreciaban... ¡Ahora que vaya banquete que les largué! *(A Presentación.)* Servido aquí mismo por el Hotel Madrid, de Sevilla, no te digo más. Ciento catorce comensales. ¡Lo que comieron, lo que bebieron!...

BENITO.—¡Lo que se llevaron!

BONI.—¡Claro! Como que el hombre es ladrón por naturaleza. ¡Si lo sabré yo!

BENITO.—De esos cuchillitos de postre con mangos de nácar no ha paresío más que uno. Er que yo había cogío pa mí.

CABRERA.—¡Qué abuso!

NATI.—Sí; en la cuenta que ha pasado el hotel no hay más que dos partidas, que dicen: "Cubiertos servidos, doscientos catorce. Idem llevados a domicilio, cincuenta y seis." ¡Y es que en los grandes hoteles tienen una manera más fina de decir las cosas!...

CABRERA.—Pues no comprendo, porque aquí todos éramos personas decentes...

PÉREZ.—¡Ay, hijo, de eso queda poco!

BENITO.—¡Y tan poco! Porque yo, que estaba al pairo y guipando, vi lo mío. Empesando por doña Duvigis; doña Duvigis, la gorda, la del reñno, se guardó dos quesos de bola; que se puso, vamos, que la sacaba a bailá to er mundo.

NATI.—A doña Anita le dió la tajadita por acordarse de su perro, y con el aquel de "pa mi pobresito chuchi", se llevó medio pavo y seis botellas de champán.

BENITO.—Y don Wamba cogía los bombones a puñaos y desía: "Como soy tan curioso, me los llevo a casa pa quitarles el papé de plata y ver de lo que son." Ahora que yo fuí y cogí como un cuarto de kilo de bombones de esos que tenemos aquí para purgante y se los metí en el bolsillo con los otros. ¡Como se los coma, verá!

BONI.—¡Bien hecho! ¡Abrázame! Por supuesto, en todos los banquetes pasa lo mismo. Como en el de hoy; tres hemos sido, ¿pues a que falta algo de lo que se ha puesto en la mesa?

TODOS.—¡Ja, ja, ja!...

BONI.—Ni jajajá, ni nada. ¡A registrar a todo el mundo!

CABRERA.—¿Va usté a dudar? ¡Qué grasioso!
BENITO.—No, señó. Hoy no falta nada.
BONI.—Que te crees tú eso. *(Sacándose del bolsillo un boni-cenicero.)* ¿Y este cenicero? *(A Nati.)* ¿Ve usted como no puede uno fiar de la gente? *(Se lo guarda.)*
CABRERA.—¡Sus cosas!
BONI.—¿Mis cosas? Pues todo el mundo tiene cosas. ¡A ver que usted se ha llevado! *(Lo registra.)*
CABRERA.—¡Ay, qué grasia!
BONI.—¡Ay, qué grasia!, no. ¡Ay, qué salero! *(Le saca del 'sillo un bonito salero.)*
CABRERA.—Bueno, sí; pero pensaba desirlo, ¿eh? Como es pajarito tan coloradito, con su cabesita y su piquito..., y no hay confiansa...
NATI.—¡Sí, hombre!...
BONI.—¡Quiá! Este no se lleva lo que no es suyo. ¡Para algo oy yo aquí! *(Se lo guarda él.)*
WAMBA.—*(Entrando por el foro. Desde el mostrador.)* Caleros...
TODOS.—Hola, don Wamba.
WAMBA.—*(Entrando.)* Faltan diez minutos para la llegada tren de Sevilla. Dentro de nada tendremos aquí a don Ransito...
NATI.—(¡Ay, Dios mío!)
WAMBA.—Y hay que haserle una ovasión que se oiga en Co-. Porque viene con el dinero, ¿no?
NATI.—Claro.
PÉREZ.—Pero tenemos tiempo para tomar el cafetito antes. dando. *(A Wamba.)* ¿Usted gusta?
WAMBA.—Un momento, hombre; caray, que se corren por pueblo unas notisias..., y vengo a enterarme. ¿Qué es eso hospitalillo?... ¿Se puede saber?
BONI.—¡Bah, bah, bah, bah!... Patrañas, camelos y furcio-ıdes de la gente.
CABRERA.—¿Cómo furciolidades? ¡Hechos! *(A Nati.)* ¿Ver-l?
BONI.—¡Pero, señora! ¿Usted sabe el dinero que le va a tar eso?
NATI.—El que sea. Ya he dado mi palabra..., y basta.
WAMBA.—¿Qué es? ¿Qué es?
CABRERA.—Nada; que entre doña Nati y yo vamos a fundar hospitalillo. Ella pone el dinero, y yo, la ciencia.
WAMBA.—¡Atisa!
CABRERA.—Ocho mil duritos para los primeros gastos, y ›s veinte mil de...
PÉREZ.—¡Es una santa!

BONI.—¡Es una idiota! Y usted perdone. Estas cosas me p nen, me ponen, me ponen, ¡me ponen!

WAMBA.—*(A Nati.)* Un hospitalillo infantil, ¿verdad? A puede haber una clase de párvulos anémicos, y yo, como mae tro de escuela...

BONI.—¡A chupar del bote, claro!

PÉREZ.—Y digo yo.

BONI.—¡Otro que tal baila!

PÉREZ.—Yo no bailo. Yo lo que digo es que, como ese ho pitalillo tendrá capilla y un capellán con su durito y mis aparte, creo que yo...

NATI.—¡Por Dios, hombre, concedido! Pero poco me pare un duro. Doctor, que le den dos duros.

CABRERA.—Usté manda.

PÉREZ.—Pues ya está, y todo queda entre nosotros. Ingr san los niños por designación de doña Nati; usté los instru usté los medisina, y yo, los entierro.

BONI.—Alguno quedará vivo, ¿no?

CABRERA.—Hombre, claro; con la ciencia pasa como c todo. El que tenga aguante...

BONI.—*(Decidido.)* ¡Pues van a quedar todos vivos, porq ese hospitalillo no se hace, vaya!

TODOS.—¿Cómo que no? Oiga usted... ¿Cómo se entiend ¿Con qué derecho?...

BONI.—*(A Nati.)* ¿Eh? ¿Qué tal? ¿Ve usté?

NATI.—Y digo lo mismo. ¿Con qué derecho interviene ust en mis asuntos?

BONI.—¡Ah, basta! ¡Allá usted! ¡Vámonos!

WAMBA.—Un momento.

BONI.—¿Qué? A la escuela le hace falta algo, ¿no?

WAMBA.—¡Sí, señor!

BONI.—¡Pues duro! ¡Ande usted con ella! *(A doña Nati, una reverencia.)* Señora mía, ¡que la enmelen a usted!

WAMBA.—¡Parese mentira!

BONI.—¡Nada, nada; usted pida, pida, y usted dé, dé, y "prou", como dicen los catalanes! Ahora, que si yo... A 1 podían...

WAMBA.—¿A usted? ¡En la vida! ¡Pues no está bien pues ni nada el mote que le ha puesto a usté Farfán!

BONI.—Sí, señor. Don Topamí, don Topamí me llaman, me va muy bien. Y es que Farfán se pinta solo para pon motes. Tres le puso a usted, hasta que por fin cuajó el últin

WAMBA.—¿A mí?

BONI.—Primero le puso a usted don Wambacío, que no ag rró; luego, don Wambadanas, que tampoco, y por último puso a usted el mote que le llama a usted todo el mundo.

BENITO.—¡Don Wamburro! ¡Ja, ja, ja!...

TODOS.—¡Ja, ja, ja!...

WAMBA.—¿Pero me llaman así? Hombre, pues ya tengo yo que hacer una cosa en este mundo: ¡ponerle un mote a Farfán! Y que se le va a quedar, que se lo van a poner hasta en el censo. ¡Caramba, hombre; tan tranquilo que estaba yo, y Wamburro! ¡Maldita sea!...

NATI.—¡Vamos, que no es para tanto!... ¡Vaya; diga, diga, qué es lo que le falta a la escuela, don Wamburro.

WAMBA.—Señora...

NATI.—¡Don Wamba, don Wamba!...

CABRERA.—Vamos, véngase con nosotros.

WAMBA.—No, no quiero café. No me encuentro en caja. Ando todo el día de la ceca a la meca. Se conose que no me sentaron bien los mantecados que me tomé aquí ayer.

NATI.—¡Caramba!

BONI.—¡Hombre!...

CABRERA.—A ver el pulso.

WAMBA.—No, no se preocupe. Pasará en seguida. Un par de días en ayunas, y listo. Para matarme el hambre, de cuando en cuando me tomo un bomboncito. *(Se lo toma.)* Vayan ustedes, que yo aquí aguardo. *(Palidece. Se seca el sudor.)* Por más que... Caray, ahora que me acuerdo. ¡Vuelvo! *(Se va a carrera abierta por el foro.)* ¡Vuelvo!

TODOS.—Ja, ja, ja!... *(Aparece en la puerta del foro* DON RAMONCITO. *Viene de guardapolvo. Trae una maleta.)*

DON RAMONCITO.—Caballeros...

NATI.—¡Don Ramoncito!

CABRERA.—¡Viva don Ramonsito!...

TODOS.—¡Vivaaa!... *(Todos aplauden largo rato.)*

DON RAMONCITO.—*(Entrando y mientras duran los aplausos.)* Grasias, grasias; no es para tanto...; muchas grasias.

BONI.—¿Traes el dinero?

DON RAMONCITO.—¡Hombre!...

BONI.—*(Abrochándole el guardapolvo.)* Pues abróchate, abróchate, que están aquí éstos.

TODOS.—¡Ja, ja, ja!...

PÉREZ.—Bueno, señora, ustedes tendrán que hablar.

CABRERA.—Claro.

BONI.—Claro, claro; y yo. *(Al cura y al médico.)* ¡Hala!, al Casino. Espérenme allí, que voy en seguida, porque es que... *(Los empuja.)*

CABRERA.—*(Empujado por Boni, y a doña Nati.)* Hasta ahora, ¿eh? *(Vase Benito por la izquierda con la maleta de don Ramoncito.)*

BONI.—*(Empujando al cura y al médico hasta la puerta,*

donde queda hablando con ellos un rato, hasta que los echa.) Vamos, vamos...

NATI.—*(Mientras tanto.)* ¡Pero don Ramoncito!...

DON RAMONCITO.—¿Qué quiere usté, señora? Ya le diré...

NATI.—¡Me ha estropeado usted el plan! Le debo ya a ese hombre seis mil duros...

DON RAMONCITO.—*(Aterrado.)* ¡Mi madre!

NATI.—¡Silencio! ¡No se me achique! *(Fingiendo contestar a cosas que le dice don Ramoncito, que le mira como el que ve visiones.)* ¿Qué?... *(Pausa.)* ¿El cónsul?... *(Pausa.)* ¿La qué?... *(Pausa.)* ¡Oh, qué barbaridad!

DON RAMONCITO.—¡Por los clavos de Cristo, señora! *(Vuelve don Boni.)*

NATI.—*(A Presentación.)* ¿Pero oyes tú esto?

PRESENTACIÓN.—*(En Babia.)* ¿Quién, yo? ¡Ah, sí! ¡Oh!

NATI.—Vamos, hombre, a quién se le ocurre...

BONI.—¿Qué? ¿Qué pasa? Traes el dinerito, rico... *(Frotándose las manos.)* ¡Bueno, hombre, bueno!

DON RAMONCITO.—¡Sí, sí, el dinerito!... ¡Ya, ya!...

BONI.—¿Eh? ¿Qué? ¿Cómo?...

NATI.—(¡Ay, Dios mío!)

BONI.—¿Pero qué quiere decir este títere?

NATI.—Calle usted, hombre, que es más soso... *(A Presentación.)* ¿Has oído, mujer?

PRESENTACIÓN.—¿Yo? Sí, ya. ¡Oh!

BONI.—¿Eh?

NATI.—¡Que se ha venido con las manos vacías!

BONI.—*(Pegando un salto.)* ¡¡Cómo!!

NATI.—Ahora resulta que las partidas tienen que ir legalizadas y que el poder no sirve. Tengo yo que ir en persona...

BONI.—¿Que no sirve un poder notarial en regla?

NATI.—Eso dice que le ha dicho el cónsul.

BONI.—¿Pero qué cónsul ni qué garambaina? ¡Sabe Dios lo que buscará el cónsul!

NATI.—¿Va usted a dudar?...

BONI.—¿Del cónsul? ¡Y del padre del cónsul! Yo no me fío de nadie, y me va muy bien. ¿Y para eso has estado quince días en Sevilla?

DON RAMONCITO.—¿Qué quieres, hijo?

BONI.—A ti lo que te ha pasado es que, en cuanto te vieron con esa facha, te han metido una quincena en la cárcel y te han soltado hoy. ¿Y va usted a regalarle la botica encima? ¡Ah, no! ¡Soy capaz de comprársela a usted y prenderle fuego después de asegurarla!

NATI.—*(Aparte y rápidamente a don Ramoncito.)* ¡Diga algo!...

DON RAMONCITO.—*(Asustado y sin salirle la voz.)* De modo
ie no crees...
BONI.—¡Yo no creo más que lo que veo! Y lo que veo es
e... *(Le asalta la cruel sospecha.)* ¡Doña Nati, no! ¡Tomar-
e el pelo a mí, no! ¡Pimpearme, no! ¡Y en asuntos de dine-
, no! ¡A mí..., el que me engañe a mí!...
NATI.—*(Muy digna.)* ¡Basta!
BONI.—*(Como una fiera.)* ¿A mí?
NATI.—¡Ni una palabra más! Voy a desvanecer sus sospe-
as en el acto.
BONI.—¡Sí, haga el favor; tenga la bondad, porque no res-
ndo!
NATI.—Pues, nada; don Ramoncito, sí. Hoy mismo, en el
en de las cinco, se vuelve usted a Sevilla, y le dice usted al
nsul que sí.
DON RAMONCITO.—*(Asustado.)* Señora... ¡Pero señora!...
BONI.—¿Al cónsul, qué? ¿Que sí; qué?
NATI.—Hable, hable usted, don Ramoncito. Dígale la razón
ie trae de Sevilla. *(A Presentación.)* Tú lo has oído como
. Hable usted.
DON RAMONCITO.—¿Yo?
BONI.—¡Tú! ¡Habla, o te estrangulo!
DON RAMONCITO.—*(Lleno de angustia.)* Pues que, mira...;
ando yo... No te lo digo, no te lo digo. Dígaselo usted si
iere, señora.
NATI.—Pues que resulta, que cuando don Ramoncito le in-
ó al cónsul que yo iba a recibirlo mal por volver sin nada,
ntestó al cónsul que no, porque si entre tanto necesitaba yo
gún dinero, él mismo me lo facilitaría con un módico interés.
BONI.—¡Vamos, hombre! ¡Ya salió lo que buscaba el cónsul!
NATI.—¡Ya salió!
BONI.—*(Dándosela de vivo.)* ¡A mí!
NATI.—¡A mí! ¡Conque voy a liquidar mi deuda con usted
seguida! ¡A Sevilla otra vez, don Ramoncito!
DON RAMONCITO.—Bueno, bueno...
BONI.—*(A don Ramoncito.)* ¿Bueno, eh? ¡Claro, tú qué vas
decir! Que liquide conmigo, aunque sea con dinero del moro
uza, para que yo no tenga derecho a poner aquí los pies y
edas tú echarme a patadas. ¿A mí? ¡Tú! ¡Ja! *(A doña
ati.)* ¡A quien va usted a mandar con viento fresco es al
nsul! Usted no necesita dinero de nadie, porque el mío está
su disposición.
DON RAMONCITO.—Con el interés correspondiente.
BONI.—No, que el cónsul se lo va a dar de balde, so lila,
e eres un lila.
DON RAMONCITO.—¿Yo?

BONI.—¡Tú!

DON RAMONCITO.—Sí.

BONI.—¡Claro!

DON RAMONCITO.—¡Y tú en coche!

BONI.—*(A doña Nati.)* Va usted a ponerle un telegran ese hombre. A ver, un papel. *(Cogiendo uno y escribien* "Sevilla. Cónsul Estados Unidos. No necesito dinero de u Viuda de Ganga." ¡La cara que va a poner el cónsul cu reciba esto!

DON RAMONCITO.—Me la figuro.

BONI.—¡Lo que se va a extrañar!

DON RAMONCITO.—¡Anda, muchísimo!

BONI.—Yo mismo iré a ponerlo. ¿A ver las palabras? *((tándolas.)* Una, dos, tres..., cinco..., ocho... ¡Sí! *(Guár el telegrama, saca un cuadernillo* y *apunta.)* "Telegrama, pesetas. Cinco."

NATI.—¿No son dos?

BONI.—Dos son las que importa, y cinco es la fecha de Suma siete.

DON RAMONCITO.—¿Pero sumas la partida con la fe Caray, pues si llegamos a poner el telegrama el día trein uno...

BONI.—¡Suma siete quiere decir, desconfiado indecente, esta partida de dos, hoy cinco, hay que añadirla a la s número siete, que es el número que corresponde al expedi de doña Nati!

DON RAMONCITO.—¡Ah!

BONI.—*(Imitándolo.)* ¡Ah! *(Escribiendo.)* "Diez por ci una setenta y siete, ocho setenta."

DON RAMONCITO.—A la suma siete.

BONI.—Claro.

DON RAMONCITO.—¡Mira qué dos pesetas más fecundas!

BONI.—*(Escribiendo.)* Eso es.

DON RAMONCITO.—¡Mira que dos pesetas más fecundas!

BONI.—Pues conste que nadie, y el cónsul muchísimo m le daría el dinero más barato que yo... Voy al telégrafo a

NATI.—Un momento. Como tengo que darle al médico l hospitalillo, hágame un cheque de cuarenta mil, y dele a quinientas a esta amiga mía.

BONI.—¡Quiá!

NATI.—Bueno; lo mismo me da que la operación la l usted o la haga el cónsul.

BONI.—Pero, doña Nati, ¿para qué tanto dinero a est ñora?

NATI.—Usted déselas, y no hay más que hablar.

BONI.—¡Basta! Ahora, que con este sistema, ni un m

uince millones. *(Tirando de cartera y dándole billetes de pesetas.)* Tome usted, señora: uno, dos, tres, cuatro, se-a y cinco... Cuatrocientas setenta y cinco... *(Completando monedas de plata.)* y diez, ochenta y cinco, y diez, noventa nco, y dos, noventa y siete... No tengo más. Faltan tres tas.

RESENTACIÓN.—Da lo mismo.

ATI.—Claro, por tres...

ONI.—Sí, por tres... *(Apuntando en su cuaderno.)* "Día o, suma siete, quinientas pesetas." Pongo quinientas, por-por tres...

ON RAMONCITO.—*(Irónico.)* Naturalmente, hombre; por ...

ONI.—*(Escribiendo y multiplicando.)* "Quinientas por tres, quinientas." Hasta luego. *(Vase por el foro.)*

RESENTACIÓN.—¡Dios te lo pague, mujer!

ATI.—¡Bah! ¡Adelante, siempre adelante! ¡El dinero no ste!

ON RAMONCITO.—¡El Glorioso Patriarca nos asista! *(Cae nadado en una silla.)*

ATI.—¿Pero qué le pasa a usted, hombre de Dios? ¡Ja, ja!...

ON RAMONCITO.—No..., no se ría. ¿O es que no le extraña sté que me haya venido de Sevilla sin su permiso?

ATI.—Hombre, no. Porque como usted es tonto... ¡Vamos, mo!

ON RAMONCITO.—Pues es muy grave lo que tengo que de-a, y para eso he venido. ¡Gravísimo! ¡Una tragedia!

RESENTACIÓN.—Sí, yo también creo que...

ON RAMONCITO.—Sí, señora; tragedia horrible, espantosa, ubre. Porque yo..., yo ya estoy listo con lo que he hecho; o usté... ¡Anda, que usté! *(A Presentación.)* ¡Le digo a é que hemos metido las seis patas!

RESENTACIÓN.—¿Las mías también?

ON RAMONCITO.—No. Las dos de doña Nati y las cuatro as.

ATI.—*(Aturdida, asustada.)* ¡No me asuste usted! ¡Hable, Dios!

ON RAMONCITO.—*(Indicando que estorba Presentación.)* ando pueda ser!

RESENTACIÓN.—Por mí, ya, porque me voy...

ATI.—Sí, sí... Adiós... Perdona, que... Adiós... *(Vase Presentación. A don Ramoncito.)* ¡Diga, diga! ¡Me ha metido us-el corazón en un puño!

ON RAMONCITO.—Usté perdone la apretura; pero es mi igasión. Por fin estamos solos, y... *(Angustiadísimo.)* ¡Ay,

doña Nati; yo creí que, con el documento que falsifiqué, usté a limitarse al inosente engaño de desir que iba a ser para que la gente la respetara y don Boni le concediese compás de espera. ¡Pero no! Usted ha saltado de la bron la... ¡Me quema la palabra los labios, señora! Señora, le ha sacado a don Boni unos miles de duros...

NATI.—Sacado, no. Préstamo.

DON RAMONCITO.—Préstamo con garantía falsa.

NATI.—¿Eh? *(Asustada.)* ¡Don Ramonsito!

DON RAMONCITO.—Y yo, en estos quinse días que he est en Sevilla, como no tenía nada que haser, busqué a un abo do amigo mío, halléle, consultéle, horrorizóme, y por eso venídome.

NATI.—¿Pero qué le consultélele..., por Dios?

DON RAMONCITO.—Nos hemos metido hasta aquí *(La barl* en el artículo trescientos cuarenta y tres y siguientes del digo, creo que me dijo. Seis años, tres meses y un día de p sión correccional.

NATI.—¡Dios mío!

DON RAMONCITO.—¡Qué horror! Sobre todo, para mí. C ustedes, las señoras, suelen tener los jueses más consideraci

NATI.—*(Llena de miedo.)* ¡Don Ramoncito!...

DON RAMONCITO.—Además, los presidios de ustedes son n confortables. Hay hermanitas de la Caridad que son muy si páticas, y...

NATI.—¡Jesús!

DON RAMONCITO.—Pero los de los hombres dejan mucho q desear. Menos mal que ya tengo en el bolsillo dos cartas recomendación para que me manden al penal del Puerto. E rese ser que en el Puerto vive un gran filántropo, un señ don Elías Ahuja, que ha dotado al penal de cuartos de as y juegos de mah-jongg.

NATI.—¿Pero qué locuras está usted diciendo?

DON RAMONCITO.—Locuras, no. ¡Consecuensias del trescie tos cuarenta y tres y siguientes del nuevo Código! ¡La estaf

NATI.—¡Ay, don Ramoncito!

DON RAMONCITO.—Dura es la palabra; pero no hay otr ¡La estafa! Seis años, tres meses...

NATI.—¡Jesús!

DON RAMONCITO.—Y que no hay salvasión, porque en cuan Boni se entere de la que le hemos jugado, el artículo trescie tos cuarenta y tres le va a pareser un artículo de primer nesesidad.

NATI.—Claro.

DON RAMONCITO.—Con lo que es él para el dinero...

NATI.—Sí.

DON RAMONCITO.—¡Nos ahorcaría si estuviera en sus manos!

NATI.—*(Que no puede más.)* ¡Don Ramoncito de mi alma!... ¿Qué hemos hecho? *(Cae abatidisima en una silla.)* ¡Ay, don Ramoncito!

DON RAMONCITO.—*(Cayendo lo mismo en otra.)* ¡Ay, doña Nati!... *(Llora.)* Yo que siempre de don Boni me reí... *(Gran pausa. Al ver a doña Nati tan abatida, se repone con un gesto gallardo.)* ¡No; pero usté, no! *(Tiernamente.)* ¡No tema usté, señora! ¡Aquí estoy yo! ¡Para lo que es mi vida!... ¡Yo me sacrificaré! Yo gritaré muy alto... *(Muy enfático, dándose golpes en el pecho.)* ¡Yo! ¡Yo soy el autor de la estafa! ¡Yo! ¡Yo he obligado a mi víctima, revólver en mano, a desir que fué la Girasol! ¡Yo he engañado, yo he saqueado, yo me he pringado, yo me he trescientos cuarenta y tresado, y siguientes!

NATI.—*(Tendiéndole una mano.)* ¡Gracias, don Ramoncito!

DON RAMONCITO.—Tranquilísese usté. Según mi amigo, declarándome yo el único culpable, le salen a usté solamente cuatro años de presidio.

NATI.—*(Llorando.)* ¡Cuatro años!

DON RAMONCITO.—*(Consolándola.)* Vamos, no llore usté. Si la llevan a la prisión de Alcalá de Henares, verá usté como no lo pasa del todo mal. El clima es seco y muy sano, y además, en Alcalá nació Cervantes.

NATI.—Yo en presidio...

DON RAMONCITO.—Usté verá.

NATI.—*(Afirmándose en una idea.)* ¡Sí! ¡Sí! *(Levantándose hecha una leona.)* ¡¡No, don Ramoncito; no!! Paso a los ojos del mundo por una mujer de historia, porque sabiendo mis hijos que todo es mentira y que lo hago por asegurarles la felicidad, lo demás... ¿Pero este sacrificio mío..., acabando en una cárcel, va a caer como una mancha cierta y verdadera sobre los míos? ¡No! ¡Eso, no!... ¡Por ellos; todo por ellos! La gente no me perdonaba haber sido suripanta, y ahora no les parece mal que haya sido una sinvergüenza, porque me creen con dinero. ¡Pues adelante! ¡A fingir lo que parece bien que sea! ¡Nos salvaremos!

DON RAMONCITO.—¿Qué va usté a haser?

NATI.—*(Llorando.)* Que se acabó doña Nati. Se acabó esta vieja fea, estúpida y sin gracia, que para nada sirve.

DON RAMONCITO.—¿Llora usté?

NATI.—Sí. Ahora, ahora verán de lo que es capaz una suripanta... ¡por sus hijos! *(Haciendo mutis, comiéndose las lágrimas y cantando.)*

¡Suripanta, la suripanta,
maca truqui de somatén!... *(Vase.)*

DON RAMONCITO.—¡Tarde piache!

WAMBA.—*(En el foro.)* Hola, don Ramonsito. *(Entrando y como si conspirara.)* Oiga usté, ¿el millón se lo han dado a usté en pasta o...?

DON RAMONCITO.—En rústica.

WAMBA.—¡Vaya paquete! ¡Vengan notisias!

DON RAMONCITO.—*(Molesto.)* Luego. Váyase, y...

WAMBA.—No; prefiero no moverme de aquí. Sé que doña Paz viene hoy aquí con el sinvergüensa de su marido, y como Farfán me ha puesto un mote molesto...

DON RAMONCITO.—Pero, don Wamba, ¿usté que de todo se entera, se entera usté ahora? Pues ya ha llovido desde que le puso a usted don Wam-vaina.

WAMBA.—¿Cómo? ¿Qué? No. ¡Wamburro!

DON RAMONCITO.—¡Ah! Ya eso está mejor.

WAMBA.—¿Eh?

DON RAMONCITO.—¡Calle usté, hombre, que estoy en las nubes! Conque Wamburro... ¡Tiene grasia!... ¡Digo, qué barbaridad! Y usté, claro, no está dispuesto a consentir un mote tan apropiado; digo, tan ofensivo.

WAMBA.—¡No, señor! Y quiero ver a Farfán entrar por esa puerta para escupirle a la cara el mote que le voy a poner. *(Dándole un papel.)* Vaya usté leyendo en esa lista, a ver cuál le parese mejor.

DON RAMONCITO.—*(Leyendo.)* "Farfantacioso... Farfán-farrón... Farfán-tasma... ¡Pchs! Far-fan-fan-fan-fan..." Esto, qué es?

WAMBA.—Eso es con música. *(Imitando la salida del toro.)* Far... fan-fan-fan, fan-fan-fan, far-fan-fan. Farfán, Farfán, Farfán.

DON RAMONCITO.—¡Hombre!

WAMBA.—Tiene usté rasón. No doy con la palabra justa. ¡Maldita sea!...

CABRERA.—*(Entrando empujado por el Padre* PÉREZ *y don* BONI.*)* ¡Si no mirara!...

PÉREZ.—Calma, calma...

CABRERA.—¡Maldita sea!... *(Entra* BENITO *en escena por donde se fué.)*

WAMBA.—¿Qué pasa, qué pasa?

CABRERA.—El niño ése, el mediquito nuevo, que entraba en el Casino cuando salíamos de tomar café, y al verme se echó a reír así: ¡jajaja..., jajaja! ¡Maldita!...

BONI.—Vamos, hombre... *(Vase Benito a la puerta de la calle.)*

WAMBA.—¿Y qué? ¿Y qué? ¡Vengan notisias!

CABRERA.—Pues nada, que le dije lo de siempre: que le iba

dar un guantaso, que le iba a quitar el título, y en ves de llarse, que es su obligasión, se lió a discutir conmigo, y porie le dije que yo tenía los mismos títulos que él, me contestó ie los míos debían de ser pontifisios.

WAMBA.—¡Bien!

CABRERA.—¿Bien qué?

WAMBA.—Que me gusta esa gente que da con la palabra sta en seguida.

CABRERA.—¿Qué dise este tío? *(Desafiador.)* Oiga usté, don am...

WAMBA.—¿Don Wam..., qué?

CABRERA.—¡Don Wam..., wamguardista!

WAMBA.—¿Y eso qué es?

CABRERA.—No lo sé. Pero desde luego una cosa ofensiva.

TODOS.—*(Interviniendo.)* Pero, hombre...

PÉREZ.—A sentarse, y vamos a tomar la copita. *(Se sienn.)*

BONI.—Y que es de gorra.

BENITO.—Caballeros, don Farfán y su mujer.

WAMBA.—¡Hombre! *(Aparece en el foro* PAZ *y* FARFÁN. *El, stido como de ordinario, que ya lo es bastante, y ella se ha hado lo mejor del arca y viene hecha un escaparate de bisuría.)*

FARFÁN.—Caballeros... *(Todos se ponen en pie menos amba.)*

DON RAMONCITO.—Adelante...

BONI.—¡Vaya rumbo!... *(A Benito.)* Avisa a tu ama. *(Vase nito,* y *vuelve.)*

PÉREZ.—¡Un figurín!

CABRERA.—¡Elegantísima!

PAZ.—Una, en su pobresa... No todas tenemos un millón; ro, vamos, tampoco va una descarsa, ¿eh?

BONI.—¡Caramba! ¿Y es todo bueno? ¡Qué burra!

PAZ.—Muchas grasias. Sí, señó. Todo bueno.

FARFÁN.—¡Todo, todo! ¡Hoy no la doy por cinco mil duros!

CABRERA.—*(Palmoteándole en la espalda.)* Ni por diez tamco, granuja.

FARFÁN.—Hombre, diez mil... Todo tiene su presio. Se traría, se trataría... ¡Ja, ja, ja!...

PAZ.—Pues perdías dinero, hijo. Porque er collá, y las tumgas, y los sarsillos..., y argo que vale una...

FARFÁN.—Mujé, en los tratos se habla siempre de la bestia aparejo.

PAZ.—*(Muy complacida.)* Eso es otra cosa.

BONI.—Muy galante, sí, señor. *(Se sientan todos.)* El apao a un lado, la bestia en pelo vale lo suyo.

PAZ.—Grasias, muchas grasias; una...

BONI.—Una vale por dos, con permiso del esposo.

PAZ.—Calle usté, que se va a ensélá.

BONI.—¿Pero qué estoy viendo? ¿Los columbitos del collar son buenos?

PAZ.—¿Los qué?

FARFÁN.—¿Eh?

BONI.—Los columbitos. Esas piedras color de ladrillo recocho. Los columbitos.

PAZ.—¡Ay, sí, señó!...

BONI.—¡Pero si no es posible! ¡Si no hay más que seis columbitos buenos en el mundo! Los de la corona sueca y el que tiene el maestrante Urticario de Persia en la pérgola cetril

PAZ.—Y éstos también, hijo. Donde menos se piensa...

BONI.—Pues ya vale el collar.

PAZ.—Carcule: entre las perlas, los sáfiros, los rubises y los columbitos...

TODOS.—¡Oh!...

PAZ.—*(Muy satisfecha.)* Una...

FARFÁN.—*(Mirando a todos escamado.)* (¡Ay, ay, ay!...)

PAZ.—¡Qué caló! *(Desplega un abanico de plumas grande.)*

PÉREZ.—¡Atisa!

CABRERA.—¡Vaya ahí!

BONI.—¡¡Plumas de tórtulo!!

PAZ.—Sí, señó. Claro que esto no lo saco yo toos los días.

TODOS.—¡Claro, claro! ¡Oh! ¡Ah!...

FARFÁN.—*(Mosca.)* (Le vi a arrimá a uno una patá en la espinillas...)

PAZ.—Pero, según es la funsión, así es la capa, ¿verdá, padre? Viene una a visitá a una aristógrata; viene una a lo que viene una, y una se pone como se debe poné una. *(Irónica.)* ¡En arpargatas vengo! *(A Farfán.)* ¿Verdad? *(Por sus zapatos.)* ¡¡De tisús!!

TODOS.—¡Hombre!...

BONI.—Caramba, ¡y tacón Luis XX!

PAZ.—Er tacón es lo malo. Con estos tacones, primero ha que tené costumbre de llevarlos, como yo la tengo, y aluego, como requetebién vestía por dentro, porque como pega una un jardaso cuando menos lo piensa, pues que se luse to. ¡¡Pero too!!

BONI.—Claro, claro; es lo que pasa.

PAZ.—Ahora mismo, ar salí de casa, como vivimos der lado allá de la estasión, ar pasá por el paso a nivel pisé la vía del ferrocarril, y si no me agarro a éste... Cualquiera que me hubiera visto diría que yo no sé andá con esto.

BONI.—¡No, señora! Un tropezón cualquiera da en la vía.

FARFÁN.—*(Escamadísimo.)* Vamos a dejá ya la..., ¿eh? ¡Pos vamos a dejarlo!

PAZ.—¡Qué seloso es! ¡Hasta que me miren le ofende!

FARFÁN.—No; es que ¡ya está bien! Vamos a fijarnos en otra persona; hombre, en don Wamba, que también hay que mirarlo, porque es que está hoy más alegre que don Carmelo er notario. Don Camelo, como le dise ésta, que se l'ha quedao.

WAMBA.—¡Ah! ¿Pero también su señora pone motes?

FARFÁN.—¡Anda! Pues si todos los buenos que corren por ahí son de ella.

WAMBA.—¿¿Quéé??

FARFÁN.—Sí, hombre; disen que soy yo; pero, no; es ella. Yo soy er que los larga en er Casino. ¡Tiene una pumtería!... Donde pone el ojo, pone er mote, ¡y pa qué!

PAZ.—Arguna grasia había de tené una. ¿Verdá, don Wam...? *(Reprimiendo la risa, y a su marido.)* Oye.

FARFÁN.—*(En el ajo.)* Ya.

PAZ.—*(Soltando el trapo y mirando a Wamba.)* ¡Ja, ja, ja!...

FARFÁN.—*(Idem.)* ¡Ja, ja, ja!...

PAZ.—Nos reímos porque...

CABRERA.—¡Sí, sí!... ¡Ja, ja, ja!...

PÉREZ.—¡Ya, ya!... ¡Ja, ja, ja!...

BONI.—¿De manera que ha sido la señora?... ¡Ja, ja, ja!...

BENITO.—¡Qué tía más graciosa!... ¡Ja, ja, ja!...

TODOS.—¡Ja, ja, ja!...

DON RAMONCITO.—*(Tarareando la salida del toro.)* Far..., fan-fan-fan, fan-fan-fan, fan-fan-fan; Farfán, Farfán, Farfán... *(Aparece doña* NATI *por la derecha, dejando a todos boquiabiertos. Parece otra mujer. Está guapísima. Sus aladares, antes canosos, son rubios; un traje elegante y corto; el rimel, el carmín y el jugo de rosas le han quitado quince años de encima.)*

NATI.—Señores... *(Todos se ponen de pie.)*

PAZ.—¡Amiga Nati! *(La besa.)*

FARFÁN.—¡Qué guapa!

DON RAMONCITO.—¡Carambita!...

WAMBA.—¡Es extraordinario!

CABRERA.—*(Al Padre Pérez.)* ¿Pero está en el pueblo Voronof?

NATI.—Buenas tardes a todos. Don Boni...

BONI.—*(Deslumbrado.)* ¡Natitilla!... Digo, doña Nati... ¿Pero es usted la...? *(A todos.)* ¿Ustedes ven lo...?

NATI.—Vamos, que no es para tanto *(Muy insinuante.)*, granuja. Pero, siéntense, por Dios... *(Se sientan.)*

PAZ.—*(A su marido, que no deja de mirar a Nati.)* ¡Tú, que estoy yo aquí!

NATI.—¡Vaya, vaya, vaya! *(Cruza las piernas que casi se le ven las ligas.)*

BENITO.—¡Mi madre!

DON RAMONCITO.—*(Dándole un cate.)* ¡Niño!

WAMBA.—*(A Cabrera.)* ¡Jamón serrano!

CABRERA.—*(Al cura.)* ¡Cura de mi alma!

PÉREZ.—¡Jesús!

PAZ.—Bueno, bueno, bueno... *(Hace lo mismo que doña Nati.)*

WAMBA.—*(A Cabrera.)* ¡Sin comparasión!

CABRERA.—*(Al cura.)* ¡Nada!

PÉREZ.—*(A Cabrera.)* ¿Dónde va a parar?

BONI.—*(Lívido, a Nati.)* Nati, perdone usted; pero como la falda es corta y la..., sin lo..., el..., se ve... *(Pretende arreglársela.)*

NATI.—*(Riendo.)* Vamos, hombre, no sea usted niño. ¿Quién hace caso de medias noches habiendo noches enteras? *(Cruza la otra.)*

PAZ.—*(Haciendo lo mismo.)* Claro, hombre; si ya no...

PÉREZ.—*(Haciendo lo mismo.)* Pues, señor...

NATI.—Pues, sí, amiga Paz. Aguardaba su visita con verdadero gusto.

PAZ.—Er gusto es mío. Yo también estaba rabiandito por vení. Y es que a las personas simpáticas como usté se las quiere sin queré. Tenemos que sé mu amigas.

NATI.—La honrada soy yo...

PAZ.—Sí, señora, que lo es usté. Y de las pocas señoras, lo que se dise señoras. Que vamos queando mu pocas.

FARFÁN.—Siempre lo he dicho yo.

PAZ.—Y yo. Y aquí hay testigos.

TODOS.—Sí, sí, sí...

PAZ.—Y además, que vamos a sé consuegras.

FARFÁN.—¡Consuegros! Yo también...

PAZ.—¿Tú? ¡Consuegrasto, y grasia, porque mi niña no es tuya! ¡Hasta los gatos quieren sapatos!

CABRERA.—¿Y cuándo, cuándo va a ser ese gran día?

PAZ.—Pues antes y con antes. Porque mi niña quiere casarse, anlugá der quinse, er dié. Como es su santo...

NATI.—Por mi chico no hay inconveniente.

PAZ.—Pues con esto y con que hablemos..., vamos, de la cuestión parné...

NATI.—Ahora mismo y aquí mismo, porque estos amigos son de confianza. ¿Me da usted un cigarrito, amigo Boni?

BONI.—¿Eh?... ¿Qué?... ¿Usted?... Yo fumo de cincuenta.

NATI.—¡Uf!... ¿No hay quien tenga un Obdulia, un egipcio

cualquiera... Se me han acabado los míos... ¡Nadie; claro, ustedes no... Aquí en el pueblo... no...

CABRERA.—Sí; aquí debo yo tené un Muratis.

NATI.—*(Viéndose cogida.)* No; puros, no.

CABRERA.—Sí, señora.

NATI.—Vamos, no sea usted bromista. No lo creo.

CABRERA.—*(Sacándolo de su petaca y ofreciéndoselo.)* Aquí está.

NATI.—*(Tomándolo como si tomara veneno.)* (¡Dios mío de mi alma!)

BONI.—¿Pero fuma usted?

NATI.—Sí; he vuelto a mi costumbre de cuando trataba con gente bien...

CABRERA.—¿Quiere usté lumbre?

NATI.—No; eso sí que no. Digo, sí; claro, ¡qué tonta!

CABRERA.—Es que tengo aquí un ensendedor... *(Se lo da encendido.)*

NATI.—*(Queriéndoselo comer vivo.)* ¡Pero, hombre, usted tiene de todo! *(Lo enciende y tose.)* ¡Ejem! ¡Ejem! ¡Aaaag!... ¡Es una delicia!

PAZ.—*(A Farfán.)* ¿Lo estás viendo, cateto, que eres un cateto? ¡Las señoras fuman! Y lo que es yo, desde mañana...

NATI.—*(Viendo el cielo abierto.)* Nada de mañana. Ahora mismo. *(Ofreciéndole el pitillo.)* Tome usted.

PAZ.—Está en muy buenas manos.

NATI.—No tuviera más que ver.

PAZ.—No, señora, no...

NATI.—Nada, que me ofendería...

PAZ.—*(Cogiéndolo.)* Vaya, pues muchas grasias.

FARFÁN.—¡Mujer!

PAZ.—*(A Nati.)* ¿Qué sabe éste de...? *(Fuma, carraspea, escupe y tose.)*

FARFÁN.—*(Dándole golpes en la espalda.)* ¡¡San Blas!!...

PAZ.—*(Llorando y ahumada.)* No; pues lo que es éste cae.

FARFÁN.—*(Quitándoselo y tirándolo al suelo.)* Ahora mismo.

PAZ.—¡Qué antiguo estás, hijo! ¡Mira doña Nati, qué maneras, qué finuras y qué modales! Naturá, señó; ha visto mundo, ha conosío hasta a los yanquis de América; y ¡claro! *(A Nati.)* ¡Quién hubiera sido usté, hija! ¡Misté yo con qué yanqui he cargao!

FARFÁN.—Oye, tú.

PAZ.—Calla, guasa, que otra cosa pasa en casa.

TODOS.—Vamos, vamos...

FARFÁN.—Sí; eso es verdá. Chalá la tengo.

PAZ.—*(A Nati.)* Ea, pos vamos a lo nuestro y sin arrodeos.

NATI.—Vamos sin "arrodeos". ¿Usted, qué le piensa dar a la niña para alfileres?

PAZ.—Había pensao, mil pesetillas al mes...

NATI.—Pues yo, a mi Hermenegildo, le daré para alfileres..., mejor dicho, para botones, otras tantas. ¿Está bien?

TODOS.—¡Digo! ¡Claro!

DON RAMONCITO.—*(Al retrato.)* ¿De dónde, Mariano?

PAZ.—*(Indecisa.)* Sí; pero... *(A Farfán.)* Di tú argo, hombre...

FARFÁN.—Pues yo digo...

PAZ.—No; no digas na, que eres capaz de pringarla. Yo lo diré. Pues mire usté: donde está lo legá, no llega na, y eso no es lo legá; porque a mi niña le doy yo er dinero y la casa, y su niño de usté, con er mismo dinero, se va a colá de gratis en una casa que es una reá casa. Porque er piso bajo de la mía...

NATI.—Tal y como está no sirve. Aquello hay que arreglarlo, y eso corre de mi cuenta. Hay que hacer allí un cuarto turco, un hall, un boudoir, una sala de brigde y un cuarto de baño.

PAZ.—*(A Farfán.)* ¿Lo estás viendo? ¡Baño, baño, baño! ¡Cuántas veces le he dicho yo a éste que, si caemos con calenturas, tenemos que pedí una tina prestá! ¡Está usté en to!

NATI.—Sí. Descuide, que nada faltará a nuestros hijos; como nada faltará a los cariñosos amigos que me rodean...

BONI.—*(Nerviosísimo.)* ¡Vaya!

NATI.—*(A Boni.)* Sí; no se me ponga nervioso. Voy a darle a nuestro amigo el doctor Cabrera...

BONI.—El doctor Gañote.

CABRERA.—¿Ha dicho Gañote?

PÉREZ.—Sí; otro camelo.

NATI.—Voy a darle cuarenta mil pesetas ahora mismo. Y al amigo Wamba, lo que necesite para la escuela.

WAMBA.—*(Frotándose las manos.)* ¡Bien!

BONI.—*(Levantándose indignado.)* ¡Quiá!

NATI.—Diga usted, don Wamba, ¿cuánto?

WAMBA.—*(Levantándose.)* Pues yo...

BONI.—¡Que no, hombre, que no!

WAMBA.—¿Pero usté qué sabe lo que voy a desir?

BONI.—Que sí, hombre, que sí; que no, hombre, que no.

WAMBA.—Oiga usté, don Boni...

BONI.—¡Déjeme usted en paz, don Wamburro!...

TODOS.—¡Ja, ja, ja!...

WAMBA.—*(Fuera de sí.)* El Wamburro y el Wam-bandido es usté.

BONI.—¡Hombre!...

WAMBA.—*(Mirando a Paz.)* Y a quien me ha puesto ese note no puedo yo pisarle un callo, que los tiene; pero...

PAZ.—*(Agresiva.)* ¡Oiga usté!...

WAMBA.—Pero al marido de quien me lo ha puesto le voy dar con la Wambota en el Wambandullo. *(Todos se ponen e pie.)*

FARFÁN.—¿A mí?

WAMBA.—¡A usté! *(Paz sujeta a Farfán, y Cabrera y Pé-ez, a Wamba.)*

CABRERA.—¡Pero hombre!

NATI.—*(Empujando hacia el foro a Paz y a Farfán.)* ¡Ay, engan, vengan...!

FARFÁN.—*(Dejándose empujar.)* ¡Nos veremos las caras!

WAMBA.—¡Ahora mismo! *(A Cabrera y al Padre Pérez.)* Hagan ustedes el favor de soltarme, que tengo que salir!

CABRERA.—¡Ahora, no!

BONI.—¡De ninguna manera!

WAMBA.—¡Dejarme salir, o mato a uno!!... *(Se zafa violen-amente. Hace mutis huyendo Paz y Farfán. Wamba corre as ellos. Todos se agolpan a la puerta.)*

NATI.—*(Horrorizada.)* ¡Dios mío!

BONI.—¿Pero se han vuelto locos?

NATI.—¡Ay, que los alcanza! ¡Ay! ¿Eh? ¡¡Se ha metido en ı casa!!

TODOS.—¿Eh?

DON RAMONCITO.—*(Que salió a la calle, volviendo.)* Nada, ada; no ha sido nada.

NATI.—*(Volviendo con todos.)* ¡Qué susto, Dios mío! ¡Y us-d ha tenido la culpa!

BONI.—¡Sí, señora! Me indignó que también quisiera sa-earla a usted como éstos...

CABRERA.—*(Desafiador.)* ¡Oiga!

BONI.—¿Qué pasa?

NATI.—¡Ay, no! ¡Otra, no! *(Muy rezongona.)* ¡Boni! ¡Boni!

BONI.—*(Derretido.)* ¡Por usted, Natilla!

NATI.—¡Gracias, Bonito!

BONI.—*(Reponiéndose de su bobería.)* Bueno; y haga usted favor, doña Nati *(Apartándola.)*, que no soy de palo, y tá usted tan...; se ha puesto usted de pronto tan...

NATI.—*(A los demás.)* ¡Qué adulador! ¡Vaya un pájaro!

BONI.—Nada de adulador y nada de pájaro. Ya saben todos ıe sí. Hubo un tiempo en que yo anduve..., y claro, la veo ıora y...

NATI.—*(Riendo.)* ¿Pero quién se acuerda de...? Y que aque-ı no...

BONI.—Sí, porque usted no quiso, que si no..., a estas horas

el marido de la Girasol hubiera sido yo, y..., ¡caray, para q me hubieran sacado aleluyas! ¡Vamos, vamos!...

DON RAMONCITO.—*(A los demás.)* ¿Pero qué ha dicho? E es una impertinencia.

CABRERA.—¡Una grosería!

PÉREZ.—¡Intolerable!...

NATI.—*(Conciliadora.)* Señores... *(A Boni.)* No; no ten usted miedo de que la gente crea que es por ahí. No es p ahí. *(Mirando dulcemente a don Ramoncito.)* ¡Es... por aq

BONI.—*(Loco.)* ¿Eh? ¿Qué? ¿Por aquí, qué?

NATI.—Tarde o temprano, iba a saberse, y... ¡El pobre d Ramoncito es tan bueno!...

DON RAMONCITO.—*(Abrumado.)* Señora...

BONI.—¡Refurciólogos!

NATI.—Casados mis hijos... Yo sola... Un millón es t goloso...

BONI.—*(Glogoteando como un botijo.)* ¿Pero, pero, pe pero...?

NATI.—Y un hombre que me administre y que me dé nombre.

DON RAMONCITO.—*(Engallándose.)* ¡Hombre!

BONI.—*(En un grito épico.)* ¡¡No!!

TODOS.—¿Eh?

BONI.—¡¡No!! ¡Otro cualquiera, sí; pero este sinvergüen no! Este tío fúnebre, no. ¡Si no quiero que se quede con botica, cómo voy a querer que se quede con la boticaria!

DON RAMONCITO.—Oye, tú, que a mi sombra...

BONI.—¿A tu sombra, maldita sea tu sombra? ¡No, seño ¡Este canalla no busca más que su dinero de usted!

NATI.—¡Tan poco valgo, Boni!

BONI.—*(Encandilado.)* ¡Usted vale más que todas las ñas vitengas que andan por ahí rotuleando, braceando y chiespaldeando!

CABRERA.—¡Eso es otra cosa!

PÉREZ.—¡Claro, hombre!

NATI.—¡Guasón!

BONI.—*(A don Ramoncito.)* ¿Tú, un millón? Prefiero tes... *(A Nati.)* ¡Ea, si usted le da la vuelta a ese retr con quien se casa usted es conmigo!

NATI.—*(Digna.)* ¡Boni!

BONI.—¡En serio! ¡Ahora es en serio!

NATI.—*(Triste.)* ¡Ay!... ¡Si yo no fuera una mujer de toria!

BONI.—¡Déjeme usted de historia!

NATI.—Si tú no tuvieras la debilidad del dinero, y yo sospechara que el mío te atrae y te...

BONI.—¿Que tú..., que te..., que tú...? *(Encantado de oírse utear.)* ¡Yo tengo dinero para envolverte a ti, a tu historia a la historia de España! ¡Se acabó!

NATI.—Falta que yo diga que sí.

BONI.—¿Vas a decir que no?

NATI.—Me había hecho tanto a la idea de que fuera don amoncito.

BONI.—¡Eso! ¡Fuera don Ramoncito, fuera!

NATI.—Todavía no tiene obligación de obedecerte.

BONI.—¿Todavía? Luego, algún día...

NATI.—¿Quién sabe?

BONI.—¡Bendita sea tu boca! *(Abrazándola.)* ¡Him! ¡Así rreglo yo las impertinencias y las groserías que cometo!

PÉREZ.—¡Bien!

CABRERA.—¡Olé, bien!

BONI.—¿Olé, bien, eh? Bueno; pues a gorronear a otro si-o, porque como lo mío es mío, y lo de ésta va a ser mío, de quí ¡ni un gordo!

PÉREZ.—¿Eh?

CABRERA.—¡Nos ha jorobado!

BONI.—*(Por don Ramoncito.)* ¡Al que he jorobado bien es a te!

DON RAMONCITO.—No, Boni, no. ¡Lo que has hecho es des-ecientos cuarenta y tresarme.

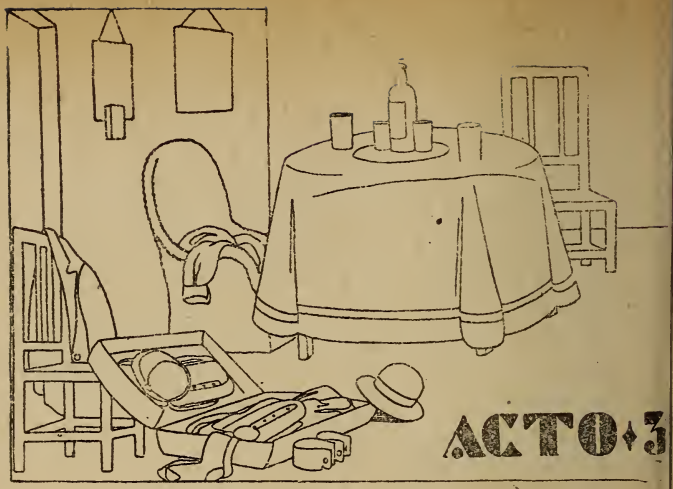
BONI.—¿Qué?

DON RAMONCITO.—¡Que yo también digo camelos, hombre!

BONI.—*(A Cabrera y a Pérez.)* ¡Fuera gorrones! ¡Fuera ga-tes! *(Acudiendo a Nati, que, vencida por la emoción, está punto de caer sobre una silla.)* ¡Nati!

NATI.—*(Dejándose coger una mano, murmura)* ¡Ah!

TELON



La misma decoración. Ha desaparecido el retrato de don Maria
En primer término derecha, hay una maleta abierta, y sobre u
silla, ropas y efectos de don Ramoncito.

(Al levantarse el telón, están en escena WAMBA, CABRERA y DON R
MONCITO. Los dos primeros, sentados, cariacontecidos y taciturn
Sobre la mesa camilla, unas botellas y copitas de licor.)

CABRERA.—¡Mire usté que...; mire usté que...! ¡Mald sea!...

WAMBA.—¡Calle usté, hombre, calle usté!

DON RAMONCITO.—*(Canturreando y metiendo su ropa en maleta.)*

"Soldadito español,
soldadito valiente..."

CABRERA Y WAMBA.—¿Se quiere usté callar, hombre?

DON RAMONCITO.—No puedo, no puedo. Estoy contentito no puedo. Yo respeto el disgusto de ustedes; pero tengo el rasón alegre... *(Canturreando.)*

"Tengo el corasón gitano,
tengo el alma trianera..."

CABRERA Y WAMBA.—¡Y dale!

DON RAMONCITO.—¡Pajolero mundo! ¡Nunca llueve a gusto de todos! Por lo mismo que están ustedes como para pedirles la pulga, estoy yo jovialito. *(Respirando satisfecho.)* ¡Ay!... Nada más que de pensar que en este momento ¡solenne! están en la iglesia doña Nati y don Boni, cogiditos de la mano, delante del cura, recibiendo el garabatito... *(Bendice.)*

CABRERA.—¡Así se quede manco el cura y...! ¿Pero qué culpa tiene el cura? ¡Con buenas tripas estará echándoles la bendisión! Ese es otro de los perjudicados con esta boda.

WAMBA.—¡Anda, somos tantos! Porque doña Nati, libre y sola, hubiera hecho mucho bien con su dinero; pero casada con don Boni...

CABRERA.—¡Maldita sea don Boni, y su padre, y el padre del padre de don Boni!

WAMBA.—¡Llevo el cincuenta por ciento!

CABRERA.—¡No doy partisipasiones!

DON RAMONCITO.—¿Pero cómo no van ustedes a ver la seremonia nupsial?

WAMBA.—¿Yo? ¡Me volvería todo bilis!

CABRERA.—Y yo. Además, no me explico cómo está usté tan contento, porque a usté le han dado la patada.

DON RAMONCITO.—*(Por el talle.)* ¡Aquí! Salgo pitando para Sevilla en el tren de las ocho. ¡Pero saldré cantando! Dejo aquí treinta años de vida; pero, grasias a Dios, no los corono con los seis años tres meses y...

CABRERA Y WAMBA.—¿Qué?

DON RAMONCITO.—No; nada, cosas mías.

CABRERA.—Usté es tonto.

DON RAMONCITO.—Tonto; pero ¡feliz! Porque don Boni, que no quiere enemigos cerca, me ha recomendado a don Pepe, el gobernador de Sevilla, y el gobernador me ha colocado con sesenta duritos en la farmasia de la Campana. ¡La mejor farmasia del mundo! Va a pareserme mentira poder despachar las resetas a mi gusto y a gusto del médico, porque allí hay de todo, como en botica. No es como aquí. ¡La de herejías que he hecho! ¡Y la de descubrimientos! Hay que ver cómo se curan las gástricas con bicarbonato y almidón.

CABRERA.—¡Hombre, lo apuntaré!

DON RAMONCITO.—*(Canturreando.)* "Tengo dos lunares..."

CABRERA.—*(Dando un formidable puñetazo sobre la mesa.)* ¡Joroba!

WAMBA.—*(Idem.)* ¡Porras!

DON RAMONCITO.—*(Cogiéndose los labios con los dedos.)* ¡Mutis!

CABRERA.—Parese mentira que, por el egoísmo de una colocasión en Sevilla, hoy, que debía usté de estar derramand

lágrimas de sangre al ver la locura que está consumando doña Nati...

DON RAMONCITO.—Sí, sí... Lo que ustedes no saben es lo gordo.

WAMBA.—¿Qué? ¿Qué es lo gordo?

DON RAMONCITO.—¡Lo gordo! ¡Ya se dirá! Por lo pronto, doña Nati no hase ninguna locura casándose con un tío que tiene dos millones de duros.

WAMBA.—¿Qué? ¿Qué? ¿Cómo?...

CABRERA.—Valiente ruina nos ha buscao a nosotros ese tío oponiéndose a lo del hospitalillo...

WAMBA.—Y a lo de la escuela.

CABRERA.—Ahora que me las paga. Lo tengo cogido, y me las paga.

WAMBA.—¿Cogido a don Boni?

CABRERA.—¡Pero vamos! Ya saben ustedes que ese tío roña, por no gastarse dinero, no tiene iguala conmigo. Su suerte le ha valido, porque no se ha puesto nunca malo. ¡Pero ya cayó! El otro día tuve que asistirlo, y ¡ya cayó!

WAMBA.—¿Qué fué ¿Qué fué?

CABRERA.—Lo de menos es lo que fué. Es desir, no, porque fué algo raro. El estaba en las Ventillas. Parese ser que con el fin de cobrarle un pagaré a Juan y Medio. Juan y Medio empesó negando que su firma fuera la que figuraba en el pagaré, y ¡calcule! Don Boni se lió a gritar y a discutir con él, y como estaba al sol, y sobre todo se trataba de mil pesetas de su alma, le dió un ataque. Me avisaron, fuí, y me lo encontré loco, congestionado, con los ojos fuera y gritando: "¡Falancócidas, concubitos, metratagos!"... ¡Qué sé yo! Camelos de los suyos. Pero horrible, ¿eh? ¡Horrible! Las manos crispas, los pelos crespos, frenético, incoherente... Parece ser que siempre que se congestiona rompe a decir camelos espantosos, y se pone que impone. En fin, una sangría, un cubo de agua por la cabesa...; lo arreglé como pude. ¡Y ahora verá la cuenta que le voy a poner! ¡De mil quinientas para arriba, y que reclame al Nunsio!

DON RAMONCITO.—Pues en cuanto resiba la minuta, le da otro ataque.

CABRERA.—¡Que le dé! Así verán ustedes cómo se pone y la otra cuenta que le pongo. Porque ya no me asusta. El se liará a desí camelos, y yo a echarle cubos de agua por la cabesa. ¡La hidroterapia, señor!

WAMBA.—¿Cuándo le va usté a pasar la cuenta?

CABRERA.—Hoy mismo. Aquí la traigo.

WAMBA.—¡Duro, a ver si revienta!

DON RAMONCITO.—¡Buen regalito de boda!

CABRERA.—¡Amigo!...

DON RAMONCITO.—¡Sí que son ustedes unos amigos!

CABRERA.—Así se gaste en asistencia médica el millón de doña Nati.

DON RAMONCITO.—¿El millón de doña Nati? ¡Sí, sí!... Ya, ya!

WAMBA.—¿Ya, ya, qué? ¡Medias palabras, no!

DON RAMONCITO.—¡Que ustedes no saben lo gordo!

WAMBA.—¡Venga lo que sea!

DON RAMONCITO.—Pues lo gordo es que... ¡No puedo, no puedo! Todavía no se ha consumado el matrimonio, y hasta que no sea un hecho no puedo hablar. *(Viendo entrar a* BENITO *por el foro.)* ¡Callarse!

WAMBA.—¡Maldita sea!...

BENITO.—*(A carrera abierta por el foro y con el traje de los días de fiesta.)* ¡Ya están en la plástica!

DON RAMONCITO.—¿Cómo?

BENITO.—Que ya están en el sermón ése que les echa el cura a los que se casan, quieras que no.

DON RAMONCITO.—¿Pero ya se han casado?

BENITO.—Sí, señó.

DON RAMONCITO.—*(Arrodillándose en una silla y elevando los ojos al cielo.)* ¡Grasias, Señor!... ¡Una ves más te has apiadado de esta pobre y humildísima criatura! Padre nuestro, que estás en los cielos...

TODOS.—*(Extrañados.)* ¿Eh? ¿Qué? ¿Cómo?

DON RAMONCITO.—*(Santiguándose y poniéndose de pie.)* En el nombre del Padre... *(Rompiendo a bailar sevillanas.)*

"No me digas bonita,
mamita,
que me sonrojo..."

TODOS.—*(Huyendo.)* ¿Eh?...

DON RAMONCITO.—*(A Benito.)* Bueno; tú, ¿qué?

BENITO.—Yo, que me dé usté más cacharros. Paquito er de la posá, y Bernabela la der baratillo, disen que si tiene usté bidones vasíos, porque a los bidones se le meten sinco o seis piedras y arman mucho ruío.

DON RAMONCITO.—Sí, hombre, sí; bidones, y latones, y cañones. Voy por ellos. *(Haciendo mutis, cantando y bailando.)*

"Que me sonrojo,
y me nota la gente,
y me nota la gente..."

CABRERA.—*(Haciéndose cruces.)* ¡De remate!

WAMBA.—*(A Benito.)* ¿Pero va a haber senserrada?

BENITO.—Sí, señó. ¡Anda! Más de cuarenta personas hay ya conchavás. L'habemos preparao entre don Ramonsito y yo. Quinse pesetas s'ha gastao él en cohetes de traquío pa cuando cojan el tren esta noche. Y yo tengo ahí *(En la calle.)* a mis hermanillos y a mi padre con treinta y dos sagalones de la calle Arta, que cuando yo diga ¡ya!, y arreen, arsa que le pego con los latones, se va a veni er mundo abajo.

DON RAMONCITO.—*(Saliendo con unos bidones vacíos.)* Toma, galán; repártelos por ahí.

BENITO.—*(Cogiéndolos.)* Sí, señó. ¡Ah! M'ha dicho Romuardo, er campanero, que va a repicá cuando la comitiva salga de la iglesia. De manera que esa será la señá. Nosotros estaremos ahí apandillaos, y en cuanto entren aquí, arrimamos candela, ¿eh?

DON RAMONCITO.—¡Que se oiga en Lima!

BENITO.—Pedrás no, ¿verdá?

DON RAMONCITO.—*(Dudando.)* Hombre...

WAMBA.—Sí, hombre, sí.

BENITO.—Claro que sí. Un peñascaso bien dao es de mucha risa.

DON RAMONCITO.—Pues bueno. Pero eso en caso de que don Boni salga solo a encararse con ustedes. Yo lo pincharé pa que salga, y entonses, duro con él. Pero si no, ruido na más, y si alguien manda callar, chitón, que yo donde quiero el descuajaramiento es en la estación. Pa que los pasajeros del exprés sepan lo que llevan.

WAMBA.—¿Pero el jefe de estasión va a consentir...?

DON RAMONCITO.—Está todo hablado, y el jefe me ha salido castiso. ¡Dise que va a dar la salida der tren con un senserro!

TODOS.—¡Ja, ja, ja!...

BENITO.—Conque voy a...

DON RAMONCITO.—Sí, ¡vuela! *(Se va Benito por el foro.)* ¡Mi cuerpo serrano, que ha vensido a don Boni, como San Miguel a Satanás! *(Con mucho misterio.)* Y ahora van ustedes a saber lo grande... *(Mirando a todos sitios.)* ¡Lo grande!... Es desir, no sé si...

WAMBA.—¿Cómo que no? Ahora mismo lo sabemos, o lo desnuco a usté, porque yo no puedo más.

DON RAMONCITO.—*(Con misterio.)* Pues que el millón de doña Nati es un millón de embustes. Doña Nati no ha heredado. Doña Nati no tiene un gordo.

CABRERA Y WAMBA.—*(Estupefactos.)* ¿¿Eeh??...

DON RAMONCITO.—Todo fué una ocurrencia de ella para salvarse, ayudada por mí, que tengo un talento que no me cabe en la cabesa. Y para que conste, firmo y rubrico a tal, de tal, de tal, Ramón Noriega Pérez.

CABRERA.—*(Derrumbándose en una silla.)* ¡Mi madre!

WAMBA.—*(Asombrado, a Cabrera.)* ¡Médico!

CABRERA.—*(Mirándose, hablando a la vez, pensando alto.)* De manera que... Es desir, que... Cuando llegue él... *(Rompiendo a reír los dos frenéticamente a la vez.)* ¡Ja, ja, ja!...

DON RAMONCITO.—¡Callen, hombre, callen!...

WAMBA.—Pero si no... ¡Ja, ja, ja!...

CABRERA.—¡Ja, ja, ja!... ¿Y el cura, no sabe nada de esto?

DON RAMONCITO.—Claro que sí. ¿Los novios, no se confiesan antes? Pues ella misma no habrá tenido más remedio que contárselo todo al cura.

CABRERA.—¡Es verdá! ¡La guasa que se habrá traído el cura mientras los casaba!

DON RAMONCITO.—¡Figúrense ustedes!

WAMBA.—*(Limpiándose las lágrimas que se le salen a fuerza de reír.)* De modo que la farota de doña Paz y el sinvergüenza de su marido, que creen que doña Nati les va a poner hasta cuarto de baño en casa... ¡Ja, ja, ja!...

CABRERA.—¡Calle usté, hombre, calle usté! ¡Que reviento! ¡Ja, ja, ja!...

DON RAMONCITO.—*(Viendo venir por la calle a* FARFÁN.*)* ¡Chist! ¡Farfán!

FARFÁN.—*(Por el foro. Viene de levita y chistera.)* ¡Vaya boda, señores! La del otro día de mi hijastra fué un duelo si se compara con ésta. Toa la iglesia, ensendía; flores hasta en el rabo del perro de San Roque, y el órgano largando unos trompetasos que allí no hay quien pare. Atronao vengo. Buenos días. *(En toda esta escena, Wamba, Cabrera y don Ramoncito disimulan la risa, hasta que no pueden más, como se indicará a tiempo.)*

CABRERA.—¡Buena chimenea lleva usté, amigo!

FARFÁN.—¡Calle usté, hombre! Las malas ideas de mi mujé, que se le ponen unas cosas en la cabesa...

DON RAMONCITO.—¿También lleva ella otra?

FARFÁN.—Ella lleva una peineta que es una cucaña. Vengo solo, porque me manda Boni para que le diga a Benito que lleven a la estación el equipaje de doña Nati. Salen para Sevilla dentro de media hora. *(Llamando.)* ¡Benito! ¿Dónde está ése?

DON RAMONCITO.—¡Qué sé yo! Hoy no hay quien haga carrera de él. ¡Si viera usté lo latoso que está!

WAMBA.—*(Disimulando la risa.)* ¡Sí, sí!

CABRERA.—*(Idem.)* ¡Bueno, hombre feliz! ¡Buen consuegrastro le ha caído a usté; la enhorabuena!

FARFÁN.—La armito, médico; no por lo del consuegrastro, que ése ya sé que no va a sudar un séntimo; por la consue-

grastra la armito, porque..., ¡vaya, si no lo digo reviento! Doña Nati ha tenido un rasgo.

CABRERA.—A ver, a ver...

FARFÁN.—Pues que como con usté *(Por don Ramoncito)* ya no puede contar, porque a usté le han dao la voleta, y como ahora resulta que su millón hay que ir a cobrarlo a los Estados Unidos, va a haserme un poder, y me embarco para Wáshington un día de éstos. Es una prueba de confiansa...

TODOS.—*(Muertos de risa y disimulando.)* Claro, claro...

FARFÁN.—Quería haser el poder a favor de un primo que tiene en Cáseres; pero yo le he dicho que para qué más primo que yo.

TODOS.—*(Como antes.)* ¡Claro, hombre!

CABRERA.—¿De modo que a Wáshington? Bien; pero el arreglo de la casa de usté..., lo del cuarto de baño...

FARFÁN.—Eso sí. Eso ya tengo yo allí albañiles por mi cuenta que me están gorviendo to patas arriba, y ya liquidaré yo con ella a mi vuelta de Wáshington.

TODOS.—*(Rompiendo a reír francamente.)* ¡Sí, sí! ¡Ja, ja, ja!... ¡Ja, ja, ja!...

FARFÁN.—*(Muy mosca.)* Bueno; ¿pero a qué vienen esas risas?

CABRERA.—Nada, hombre, que nos alegramos mucho de todo...

WAMBA.—Y como la alegría produce risa...

FARFÁN.—*(A Wamba.)* ¡Con usté no hablo yo! Usté y yo tenemos una cuenta pendiente, y ésa la vamos a liquidar en seguida.

WAMBA.—No me corre prisa. A la vuelta de Wáshington.

TODOS.—*(Sin poderse contener.)* ¡Ja, ja, ja, ja!...

FARFÁN.—A uno le voy a da yo una patá en las espinillas.

DON RAMONCITO.—No sea usté escamón, hombre. Estamos así desde hase un rato, y nos reímos por nada, porque es que hemos estado contando colmos y todavía nos dura la risa.

FARFÁN.—¿Colmos?

DON RAMONCITO.—Sí, hombre; le repito que no sea escamón. Vaya, voy a contarle uno cualquiera de los que se han dicho aquí. ¿Cuál le digo? Cualquiera. El del santo. ¿Cuál es el santo que es la mitá dulse y la mitá carbón?

FARFÁN.—¿Cuál?

DON RAMONCITO.—¿No cae? San Flan-cisco.

TODOS.—¡Ja, ja, ja, ja!...

FARFÁN.—*(Dándole con la chistera en el codo.)* ¡Que lo maten a usté! Bueno, creí que el pitorreo era por mí; pero ya veo que no.

CABRERA.—No, hombre...

FARFÁN.—Ya, ya. Pa pitorreo el que ha habido en la iglesia le resultas de la plática del Padre Pérez. Claro, como el cura está ofendido porque se le fué lo de la capellanía del hospitillo, empesó la plática con un retintín... ¡La tomó con don Boni, y le ha dicho a él todo lo que le dise a las novias primerisas: que si es una flor de candor; que si es un ingenuo; que si es un blanco lirio, una blanca asusena, una paloma blanca...

TODOS.—¡Ja, ja, ja!... *(Se oye el repique de la campana de la iglesia.)*

FARFÁN.—¡Ya salen!

BENITO.—*(Asomándose a la puerta.)* Ya están aquí. ¡En un momovi vienen!

DON RAMONCITO.—Bueno; tú a lo tuyo.

BENITO.—Sí, señó. *(Desaparece.)*

DON RAMONCITO.—¿Los invitados vienen también?

FARFÁN.—No. Er lunche es en la fonda. Ellos vienen aquí solos a cambiarse de ropa, y ar tren; y hase bien don Boni en ponerse otra ropa, porque es que manda su retrato a "Blanco y Negro", y se vende el número a cuatro pesetas. ¡Qué tío! Pero quién le habrá aconsejado que se ponga ese pantalón tan claro y tan ancho? Porque la levita puede pasar; claro que no es de moda como ésta. La suya tiene demasiado vuelo.

DON RAMONCITO.—¡No le extrañe a usté lo del vuelo, porque es del Aguila!

WAMBA.—*(En la puerta.)* Aquí está ya. Viene que el mundo es chico para él.

CABRERA.—*(Idem.)* En cambio, ella trae una cara de asusta... *(Por la puerta del foro entran* NATI, *de mantilla;* BONI, *de trinchera y levita, y detrás el Padre* PÉREZ, *y* PAZ, *de mantilla blanca y altísima peineta, hecha un brazo de mar.)*

FARFÁN.—¡Vivan los novios!

TODOS.—¡Viva!

NATI.—¡Jesús, qué sofoco! Callen, callen, por Dios...

FARFÁN.—Enhorabuena, doña Nati...

NATI.—*(Conmovida.)* Igualmente, don Ramoncito...

CABRERA.—Mi enhorabuena. *(A Boni.)* ¡Hola, blanca paloma!

BONI.—*(Amagándole con la chistera.)* ¡A ver si te doy!

PAZ.—¡Josú, qué gentío ha habío! Hija mía, debo está como una sandía. ¡Qué apretujones, qué empujones, qué apechugones y qué pisotones! Esto sí que ha sido una boda soná. ¡Viva el lujo y quien lo trujo!

BONI.—Es que he caído de primo, ¿sabe usté? Yó no sabía lo que costaban estas cosas... Y claro. Para otra vez ya veremos.

NATI.—¿Qué dices, martirio?

BONI.—Calla, chatunga, que es una broma. Aunque no sea partidario del lujo ni de la bambolla, cuando el ruido viene bien, me gusta a mí el ruido. *(Suena en la calle una espantosa cencerrada.)*

TODOS.—¿Eh?

PAZ.—*(Palmoteando alegre.)* ¡¡Huy, con senserrada y todo!

DON RAMONCITO.—¡Mi señora madre!

BONI.—*(Lívido.)* ¡Tu señora madre y la señora madre del que haya organizado este festejo! ¡Maldita sea! *(Coge una silla para partirle la cabeza a alguien.)* ¿Quién ha sido?

TODOS.—¡Don Boni!

NATI.—*(Acudiendo a él.)* ¡Boni!

FARFÁN.—*(A don Ramoncito.)* ¡Cierre usté esa puerta, hombre!

DON RAMONCITO.—Sí, señó. *(Al cerrar la puerta, se le ve hacer una seña, y cesa el ruido.)* Bueno; esto de la senserrada es de una bellaquería, que yo que tú *(A Boni.)* saldría solo ahí fuera y daría la cara, y daría dos voces a ver qué pasaba.

WAMBA Y CABRERA.—¡Sí, hombre!

BONI.—*(Muy decidido.)* ¡Tienes razón!

DON RAMONCITO.—¡Pues duro! *(Coge un paquete de algodón y empieza a abrirlo nerviosamente, mientras Farfán, Paz y Nati sujetan a don Boni)*

PAZ, FARFÁN Y NATI.—No; eso no.

BONI.—¡Dejadme! ¡Soltadme!

WAMBA, CABRERA Y DON RAMONCITO.—¡Que salga! ¡Que salga!

PAZ, FARFÁN Y NATI.—¡No!

PÉREZ.—¡Quieto! Yo saldré. *(Abre la puerta y se oye la cencerrada nuevamente; pero por poquísimo tiempo, porque obedeciendo al ademán del cura, cesan los cencerros.)*

BONI.—¡Maldita sea!

NATI.—¡Por la Virgen santa, Boni! Tranquilízate. ¿Vas a ponerte a tono con la chusma? ¿Vas a provocarla saliendo así de levita y chistera, para que te tomen por un Juan de las Viñas y te prendan fuego?

BONI.—¡Caray, no! Claro, vestido así estoy apedreable, tienes razón. Vamos a mudarnos, y si es preciso, cogemos el coche y tomamos el tren en el pueblo de al lado.

DON RAMONCITO.—Hombre, no; eso no vale.

BONI.—¿Eh? ¿Qué quieres tú decir? ¿Es que eres tú el organizador de esta zarabanda?

DON RAMONCITO.—¿Yo? ¡Yo soy un caballero!

PÉREZ.—*(Entrando muy satisfecho.)* Se acabó lo que se daba, señores. Benito y su padre eran los más reacios. Por cierto que me han dicho... Parece mentira, don Ramonsito.

DON RAMONCITO.—¡Y dale bola!

BONI.—No, si ya me había a mí dado en la nariz. ¡Tengo yo nucha vista y mucha taumatelia!

DON RAMONCITO.—¡Mucha castora es lo que tienes tú, so ursi!

FARFÁN.—¿Pero van ustedes a pelear un día como el de oy?

DON RAMONCITO.—¿Pelearme yo? ¡Quite usté, hombre! ¡Si n mi vida he estado más contentito! Aunque no fuera más ue porque supongo que doña Nati ha saldado sus cuentas con sto flamenco.

NATI.—¡Por Dios, claro!... Esta mañana hemos estado los os rompiendo papeles, y los primeros que rompió Boni fueron os relativos a mis débitos.

CABRERA.—¡Olé, ahí los tíos! *(Reprime la risa. Lo mismo ace Wamba.)*

BONI.—Claro, hombre; entre marido y mujer... Como el di- ero de ella lo ingresaré en mi cuenta, pues borrón y cuenta ueva.

CABRERA.—¡Menudo borrón! ¡Ja, ja, ja!...

WAMBA.—¡Ja, ja, ja!...

BONI.—*(Acharado.)* ¿Eh?

DON RAMONCITO.—¡A ver si has roto también el cheque de Váshington!

BONI.—Ese no lo he visto.

DON RAMONCITO.—Claro... *(Disimulan la risa Wamba y Ca- rera.)*

BONI.—A ver, a ver, a ver...

NATI.—¡Don Ramoncito! ¿Pero no sabe usted que ése está leposito en el Banco?

BONI.—¡Ah, ya!

NATI.—¡Don Ramoncito!...

BONI.—*(A don Ramoncito.)* ¡Bah, bah, bah, bah!... *(A Vati.)* ¡Vámonos, vámonos, porque si no nos vamos me voy a iar con esta mosquita muerta, que me pone, me pone, me pone, ¡me pone! ¡Anda!

NATI.—Espera; unos dulcecitos a estos amigos para que to- nen una copita...

BONI.—Lo que sea, pronto.

NATI.—Vayan bebiendo, que voy por ellos. Ven conmigo, Paz.

PAZ.—Lo que quieras, rica. *(A todos, en el mutis, tras Nati.)* Qué demócrata es! *(Nati y Paz se van por la derecha. Todos, menos don Ramoncito, que se queda tras el mostrador, se acercan a la mesa de la derecha.)*

WAMBA.—*(A Cabrera.)* ¡Preséntele usté la cuenta!

CABRERA.—¡Ahora, ahora! ¡Vamos, caballeros! ¡A la salud y prosperidad del nuevo matrimonio! *(Coge una botella de coñac.)*

BONI.—*(Intentando quitársela.)* ¡Del de tres copas!...

CABRERA.—*(Sin soltarla.)* ¿Pero va usté a reparar ahora en minusias? ¡Con un millón más!... *(Todos se sientan a la mesa y beben.)*

BONI.—Pues aquí "internós", más me gustaría que esa mujer no hubiera sido lo que fué. Aunque no tuviera dinero. Porque es que me gusta, y tengo clavadas aquí su historia y sus correrías y sus...

CABRERA.—Déjese usté de simplesas, hombre.

FARFÁN.—¿Quién se acuerda ya de que ha sido la Girasol?

BONI.—¡Como vuelva usté a mentar ese mote, vamos a tener el primer disgusto de familia. *(Se escancia nuevamente.)*

PRESENTACIÓN.—*(Entrando por el foro.)* ¿Dónde está la pareja feliz?... Señores... ¿Y Nati?

BONI.—Ahora saldrá.

PRESENTACIÓN.—*(A don Ramoncito.)* ¡Qué suerte la de doña Nati!

DON RAMONCITO.—¡Ya lo creo!

PRESENTACIÓN.—*(Por don Boni.)* ¿Qué? ¿Sabe ya que...?

DON RAMONCITO.—¿Qué?

PRESENTACIÓN.—Que si ya sabe él que lo de la herencia es una trola.

DON RAMONCITO.—¡Ah, sí! Se lo ha dicho ella, y se ha quedado tan conforme. Felicítelo usted por su actitud. Se lo agradecerá muchísimo.

PRESENTACIÓN.—Sí, señor; porque de éstas, pocas.

DON RAMONCITO.—¡Y tan pocas!

BONI.—*(A Presentación.)* Una copita, señora.

PRESENTACIÓN.—*(Tomando la copa que le ofrece.)* Sí, señor. Así proceden los caballeros y los hombres de bien.

BONI.—¿Cómo?

PRESENTACIÓN.—Que así se hacen las cosas.

BONI.—Sí, señora. Yo también sé decir ahí va eso, y viva el lujo.

PRESENTACIÓN.—*(Maliciosa.)* Viva el lujo... y viva lo otro.

BONI.—*(Que no acaba de comprender.)* ¿Qué?

PRESENTACIÓN.—¡Viva la generosidad!

BONI.—No entiendo.

PRESENTACIÓN.—*(Dándole un codazo cariñoso.)* Vamos...

BONI.—¿Vamos qué?...

PRESENTACIÓN.—Ya supongo que la gente no está en el ajo; pero yo, sí. Entre Nati y yo no hay secretos, y yo... también lo sé. ¡Pero cuidado que yo...! Esto queda entre ella, don Ra-

noncito, usted y yo. ¡Nadie más! ¡Pero ha hecho usted bien; eso es portarse! Claro que yo aconsejé siempre a Nati que antes de casarse dijera a usted toda la verdad. Hubiera sido muy desagradable que descubriera usted después de la boda que lo de la herencia era una filfa.

BONI.—*(Completamente mosca.)* ¿Qué herencia?

PRESENTACIÓN.—La de Nati.

BONI.—¡Ah, pero...! *(Conteniéndose.)* Sí, claro... *(Secándose el sudor y temblando.)* ¿De manera que usted sabe que la herencia del americano...?

PRESENTACIÓN.—¡Que sí! Que fué una martingala que se le ocurrió a don Ramoncito, para que usted y todos, con el cebo de millón...

BONI.—*(Abrazando a Presentación y desbaratándole el tocado.)* ¡De manera que sin dos reales, y encima, la Girasol a secas! ¡Me he casado con la Girasol a secas! *(Dando un furioso ronquido y quedando extático.)* ¡Grrr! *(Empieza a hacer gestos rarísimos, como si le fuera a dar una congestión.)*

PRESENTACIÓN.—*(Al verlo, asustadísima.)* ¡Ay, Jesús! *(Todos se fijan en don Boni.)*

NATI.—*(Saliendo con* PAZ; *traen sendas bandejas de dulces.)* ¡Los dulces!

BONI.—*(Sin moverse, como si le hubieran dado un mazazo en el coco,* y *con la mirada revuelta.)* ¡Faculias, mulleridas y falancósidas!

PAZ Y NATI.—*(Asustadísimas, dejando caer las bandejas.)* ¡Ah!

BONI.—*(Dando un grito y quedando en postura heroica.)* ¡Falancósidas!

NATI.—*(Acudiendo a él.)* ¿Boni!

TODOS.—*(Asustadísimos.)* ¿Eh?

BONI.—*(Como antes.)* ¡Que vengan los gásteropedos y que se vayan las gúlidas!

NATI.—¡Ay, que se ha vuelto loco!

BONI.—¡Fuera discapodios y sapotaceos!

CABRERA.—¡La congestión! ¡Un cubo de agua!...

NATI.—¡Por Dios, Boni!...

PRESENTACIÓN.—Tan corriente como estaba hablando conmigo...

NATI.—¿Pero qué hablaban ustedes?

DON RAMONCITO.—Pues que le ha dicho la verdad.

BONI.—*(En un grito espantoso.)* ¡Frantusulfato de basulto!

TODOS.—¡Ay! *(Huyen y se atrincheran donde pueden.)*

BONI.—*(Furioso.)* ¿De manera que he sido vituperado, tinado, pimpeado...?

NATI.—*(Desde detrás de la mesa camilla.)* ¡Boni!...

BONI.—*(Por don Ramoncito, que saca la cabeza por detr y debajo del mostrador.)* ¿De manera que he sido el hazm rreír de ese canalla, a quien voy a matar... *(Por Nati.)* y ésa, de ésa...

NATI.—*(Adelantándose heroica.)* ¡Insultos, no; eso, no!

BONI.—¡Calla, conjuntista, vicetiple!

NATI.—¡Boni!

BONI.—¡Calla, suripanta; calla, calla, calla! *(Cae en u silla.)*

NATI.—No, Bonifacio; suripanta, sí; pero honrada siemp Lo de la herencia de la Girasol es cierto...; pero yo nunca sido la Girasol.

TODOS.—¿Qué?

PAZ.—¡Nos han timado!

NATI.—Yo siempre he sido una mujer de bien.

BONI.—¿La Girasol no?

NATI, PRESENTACIÓN Y DON RAMONCITO.—¡¡No!!

BONI.—Entonces, me has engañado; pero puedo llevarte brazo dignamente...

NATI.—Sí. Todo fué una ocurrencia de don Ramoncito.

BONI.—*(A don Ramoncito.)* ¡Ven aquí!

DON RAMONCITO.—*(Medroso.)* ¡No! *(Huye.)*

BONI.—¡Sujetármelo!

DON RAMONCITO.—¡No!

BONI.—¡Cien duros a quien me lo sujete!

FARFÁN Y WAMBA.—*(Trayéndolo a rastras.)* ¡Aquí está!

BONI.—Ven aquí...

DON RAMONCITO.—¡Piedad!

BONI.—Tengo que abrazarte y que besarte y... *(Lo hace* ¡No sabes todo el bien que me has hecho! ¡Buscabas mi de dicha, y has logrado mi felicidad! *(Abrazando a Nati.)* ¡Na

NATI.—¡Bonifacio!

PÉREZ.—¡Loado sea Dios!

TELON

LA FARSA

PUBLICACIÓN SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

DIRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

Administración: RIVADENEYRA (S. A.)—Sección de publicaciones.

PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

NUMEROS PUBLICADOS:

1. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
2. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE, de Berr y Verneuil, traducción de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
3. LA VILLANA, de Romero y Fernández Shaw.
4. LA AVENTURERA, de José Tellaeche.
5. LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
6. ATOCHA, de Federico Oliver.
7. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
8. MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena, adaptación de una novela de Miguel de la Cuesta.
9. LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Sevilla y Carreño.
10. LA SOPA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
11. LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
12. ME CASO MI MADRE, O LAS VELEIDADES DE ELENA, de Carlos Arniches.
13. ¡ESCAPATE CONMIGO...! de Armont y Gerbidón, versión castellana de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
14. CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.
15. LAS ALONDRAS, de Romero y Fernández Shaw.
16. EL ANTICUARIO DE ANTON MARTIN, de Antonio Paso.
17. CANCIONERA, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
18. EL GATO CON BOTAS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
19. VIA CRUCIS, de Luis Fernández Ardavín.
20. SU MANO DERECHA, de Honorio Maura.
21. ENTRE DESCONOCIDOS, de Rafael López de Haro.
22. LA MANOLA DEL PORTILLO, de Carrere y Pacheco.
23. DOÑA MARIA LA BRAVA, de Eduardo Marquina.
24. LA CHULA DE PONTEVEDRA, de Paradas y Jiménez.
25. LA ULTIMA NOVELA, de Manuel Linares Rivas.
26. LA NOCHE ILUMINADA, de Jacinto Benavente.
27. ¡USTED ES ORTIZ! de Pedro Muñoz Seca.
28. TU SERAS MIO, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
29. LA PETENERA, de Serrano Anguita y Góngora.
30. EL ULTIMO ROMANTICO, de José Tellaeche.
31. LA MALA UVA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
32. LA CASA DE LOS PINGOS, de Paso y Estremera.
33. LA MARCHENERA, de R. González del Toro y F. Luque.
34. EL QUE NO PUEDE AMAR, de Alejandro Mac-Kinley.

35. LA MURALLA DE ORO, de Honorio Maura.
36. LA PARRANDA, de Luis Fernández Ardavín.
37. EL DEMONIO FUE ANTES ANGEL, de Jacinto Benavente.
38. LA MORERIA, de Romero y Fernández Shaw.
39. LA CURA, de Pedro Muñoz Seca y Enrique García Velloso.
40. EL SEÑOR DE PIGMALION, de Jacinto Grau.
41 NO HAY DIFICULTAD y CRISTOBALON, de Manuel Linares Rivas.
42. HERNANI, versión y arreglo a la escena española por don Manuel y D. Antonio Machado y D. Francisco Villaespesa.
43. Y VA DE CUENTO, de Jacinto Benavente.
44. LA CAPITANA, de Sevilla y Carreño.
45. MI PADRE NO ES FORMAL, de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig, en colaboración con L. Marchand.
46. ¡BENDITA SEAS!, de Alberto Novión.
47. ¡PARE USTE LA JACA, AMIGO!, de Francisco Ramos de Castro.
48. EL BUEN CAMINO, de Honorio Maura.
49. EL TIO QUICO, de Carlos Arniches y J. Aguilar Catena.
50. ¡POR EL NOMBRE!, de Federico Santander y José María Vela.—LA MAR FUERTE, de Auguso Strindberg.
51. MADEMOISELLE NANA, de Pilar Millán Astray.
52. MARIANA PINEDA, de Federico García Lorca.
53. EL CADAVER VIVIENTE, de León Tolstoy, traducción de Torralba Beci.
54. EL DESEO, de Luis Fernández Ardavín.
55. CUENTO DE AMOR, de Jacinto Benavente, y SONATA, de Francisco de Víu.
56. ¡MAS QUE PAULINO...!, de Emilio González del Castillo y Manuel Martí Alonso.
57. UN ALTO EN EL CAMINO, de El pastor poeta.
58. CUERDO AMOR, AMO Y SEÑOR, de Avelino Artís. Traducido del catalán por Arturo Mori.
59. ¡NO QUIERO, NO QUIERO!..., de Jacinto Benavente.
60. LA ATROPELLAPLATOS, de Paso y Estremera.
61. EL BURLADOR DE SEVILLA, de Francisco Villaespesa.
62. LAS ADELFAS, de Manuel y Antonio Machado.
63. LOLA Y LOLO, de José Fernández del Villar.
64. EL AUTOMOVIL DEL REY, de Natanson y Orbok, en colaboración con J. J. Cadenas y E. F. Gutiérrez-Roig.
65. MI HERMANA GENOVEVA, de Berr y Verneuil, en colaboración con J. J. Cadenas y E. F. Gutiérrez-Roig.
66. RAQUEL Y EL NAUFRAGO, de Honorio Maura.
67. LA MAJA, de Luis Fernández Ardavín.
68. EL ROSAL DE LAS TRES ROSAS, de Manuel Linares Rivas.
69. LA TATARABUELA, de Cadenas y González del Castillo.
70. EL ULTIMO LORD, de Ugo Falena, traducción de Víctor Gabirondo y Manuel Morcillo.
71. CUENTO DE HADAS, de Honorio Maura.
72. ¡UN MILLON!, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.

GUTIÉRREZ

SEMANARIO ESPAÑOL
:-: DE HUMORISMO :-:

24 páginas. Cuatro colores. 30 céntimos.

Xaudaró.—Tovar.—Penagos.—Ribas.—Bartolozzi.—Baldrich.—Karikato.—Roberto.—Barbero.—López Rubio.—Tono. Etcétera.

K-HITO, director.

Los mejores escritores humorísticos.—Concursos raros.—Secciones extrañas.—¡Contra la neurastenia!—¡Contra la hipocondría!—Humorismo sano.—Buen gusto.

COMPRE USTED TODOS LOS SABADOS

GUTIÉRREZ

Administración: RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, 20.—MADRID

Lea usted

macaco

el periódico de los niños

Contiene historietas, chistes, cuentos, muñecos recortables, dibujos para iluminar, pliegos de soldados, etc., y otras muchas secciones, que son el encanto de los niños. No dejéis de comprarlo, pues además, obtendréis grandes regalos.

APARECE LOS DOMINGOS 25 céntimos

SUSPENDIDA NUESTRA PUBLICACIÓN DURANTE DOS SEMANAS, A CONSECUENCIA DE LA HUELGA DE NUESTROS TALLERES, HOY VOLVEMOS A SALIR, DISPUESTOS, COMO SIEMPRE, A CORRESPONDER AL FAVOR DEL PÚBLICO OFRECIÉNDOLE LAS OBRAS DE MÁS ÉXITO, LAS MÁS INTERESANTES, LAS DE MÁS PRESTIGIOSOS AUTORES.

AL REANUDAR LA PUBLICACIÓN DE **LA FARSA**, REANUDAMOS TAMBIÉN LA PUBLICACIÓN DE NUESTRAS NUEVAS CUBIERTAS, EN LAS QUE VAN APARECIENDO LOS PERSONAJES MÁS IMPORTANTES DE NUESTRO TEATRO, INTERPRETADOS POR EL DIBUJANTE ALONSO.

ASÍ LOS LECTORES DE **LA FARSA**, ADEMÁS DE POSEER LA COLECCIÓN MÁS COMPLETA DE LAS OBRAS ÚLTIMAMENTE ESTRENADAS EN MADRID, TENDRÁN UNA GALERÍA COMPLETÍSIMA DE PERSONAJES CÉLEBRES DEL TEATRO ESPAÑOL, A LOS QUE INFUNDIERON VIDA IMPERECEDERA LOS GENIOS DE NUESTRA DRAMÁTICA.

Cubierta de este número:

EL HOMBRE DE MUNDO,

de Ventura de la Vega.

Rivadeneyra (S. A.) Artes Gráficas.
Paseo de San Vicente, 20. Madrid.